

## Chimbote: El Estado patrón y los nuevos obreros

### A. LA PARTICULARIDAD DE UN DESENCUENTRO

EN CHIMBOTE, A DIFERENCIA DEL CUSCO o del sector obrero metalúrgico en Lima, el rol de Estado no se restringe a señalar nuevas reglas de juego para la actividad social y/o productiva. Aquí, este asume directamente el rol de conductor de nuevas actividades productivas, es decir, el rol de patrón. En los años setenta el Estado tenía a su cargo las principales actividades locales: Sider-Perú, productora de fierro y acero, y la industria pesquera, desde su nacionalización en 1973. De la misma forma aparecía como el promotor de las obras de reconstrucción de la ciudad luego del terremoto ocurrido en 1970. En Chimbote ocurría lo que uno de nuestros entrevistados, Eduardo Cáceres, activista político en el lugar del Partido Comunista Revolucionario, denomina como una "ausencia de mediaciones". Es decir, si en otros lugares el Estado podía presentarse como árbitro entre dos partes en conflicto: empresarios privados y obreros, o poniendo las condiciones de desarrollo de un conflicto: el caso de una lucha regional contra el centralismo, aquí en cambio aparecía también como el patrón interesado en mantener una determinada tasa de ganancia. Esta falta de mediaciones, que lo llevaban a ser juez y parte al mismo tiempo, será una característica explosiva en los enfrentamientos que se producen en Chimbote en la década del setenta. Paradójicamente su proyecto político de conceder derechos ciudadanos y propiciar la participación a partir de organizaciones de base chocará con su proyecto económico de impulsar las bases de un

desarrollo industrial a partir de la iniciativa estatal. Esta contradicción buscará resolverse por la vía autoritaria, interviniendo los espacios autónomos (sindicatos y organizaciones vecinales), que construía la población como trabajadores y pobladores.

Esto hace que poco quede en la memoria de los dirigentes entrevistados sobre el carácter "revolucionario" que ostentaba el gobierno militar. No se trata sólo en este caso de la influencia que pudieran tener de los grupos de la izquierda radical, sino de las condiciones en que se desarrolla el conflicto en Chimbote. Tienden por ello a tener una actitud contraria o en el mejor de los casos ambigua sobre las reformas de los militares, considerando, en toda acción de los organismos oficiales o de los partidos que apoyaran las reformas, sospechas de autoritarismo.

## B. LOS NUEVOS OBREROS

La gente llega a Chimbote, principalmente en los sesentas y setentas. Se calcula que en 1972 el 95% de los habitantes de la ciudad eran migrantes o hijos de migrantes (Muñoz 1984). Así, la ciudad pasa de tener 68,157 habitantes en 1961, a 223,341 en 1981 (INDES 1983). El escenario de las movilizaciones que estudiamos es como tal nuevo, ya que la ciudad tiene la oportunidad de ser rediseñada luego del terremoto de 1970. Resalta, sin embargo, su carácter de ciudad proletaria, "un pueblo joven grande" como lo define Pedro Colchado, otro de los entrevistados, líder del sindicato de pescadores y militante de Vanguardia Revolucionaria. INDES (1983) calcula que aproximadamente el 80% de su población vive en barrios populares, destacando la austeridad global de su infraestructura urbana. Pero no solo es proletaria por su pobreza, también por la ausencia visible de burgueses en las calles. Parece que esta es una característica que se remonta a sus orígenes como ciudad industrial. Salvo unos pocos, los propietarios y/o conductores de las empresas del lugar viven fuera, en Trujillo o Lima, ciudades más grandes y cosmopolitas.

Pero ¿quiénes llegan a Chimbote? Hugo Marquesado, militante del MIR, que también "llega" a la ciudad, pero en misión política, nos dirá que se trata de gente de diferentes pueblos de la costa y sierra norte. Se trata de gente que busca trabajo, atraídos por la oferta existente, en la

mayor parte de los casos sin un pasado obrero, personal o familiar. La ciudad, sin embargo, a pesar de ser un foco de atracción para los que buscan empleo, por las nuevas e importantes actividades económicas que desarrolla, no logra proveerlo en sus industrias más importantes, sino para un 25% de la población económicamente activa (PEA). Esta PEA varía de 50,898 personas en 1972 a 74,232 en 1981, por lo que se calcula que entre doce y veinte mil personas son las que alcanzan un empleo como trabajadores en las industrias más significativas (Maletta y Bardales 1988). Para nuestros entrevistados, que serían protagonistas de las movilizaciones posteriores, es un arribo que se produce entre fines de los sesentas y principios de los setentas. Quienes logran un puesto, lo hacen por sus propias calificaciones o por relaciones personales. El primero es el caso de César Sánchez, que llegaría a ser dirigente del sindicato obrero siderúrgico, que nos dice:

"Yo soy egresado de un politécnico en Talara y mi objetivo era seguir estudiando en la universidad, pero buscaba un lapso de tiempo para desenvolverme y tener experiencia y luego poder postular... Llego a Chimbote, de Talara, el año 68. Llego un día domingo y el mismo domingo había conseguido trabajo. En el primer taller que encuentro había un letrero que dice: "Se necesitan técnicos", me presento y me dicen: "Véngase mañana". Y más allá habían dos o tres más. La mano de obra calificada era necesitada en Chimbote."

¿Qué trabajadores y con qué características? Existen diversos sectores laborales importantes, entre los que destacan: siderúrgicos, pescadores, trabajadores de la industria pesquera, construcción civil y astilleros. Sin embargo, vamos a incidir en el desarrollo de los dos sectores más importantes: siderúrgicos y pescadores, que son los que van a marcar la pauta del conjunto del movimiento social en Chimbote. Los otros, por el carácter coyuntural de la actividad y/o su menor dimensión, no llegan a tener el peso de los primeros.

De igual manera entre los dos sectores más representativos encontramos también algunas diferencias. La primera es cuantitativa, los pescadores, principalmente ancho veteros, que son los relevantes para nuestro caso de estudio por extraer la materia prima para la fabricación de harina

de pescado, producto fundamental de la industria pesquera peruana, ven reducido su número a menos de la mitad durante la década de los setenta. En números aproximados se reducen de 6,000 en 1976 a menos de 3,000 en 1980 (INDES 1983). Es decir, descienden a menos del 5% de la PEA. Los siderúrgicos, en cambio, crecen en la primera mitad de los años setenta y mantienen una población de alrededor de 5,000 trabajadores entre 1974 y 1980 (INDES 1983). Esto es reflejo de las diferentes fases por las que atravesaban ambas industrias en la década del setenta. Mientras la siderurgia tenía la atención preferente del gobierno militar y con tropiezos intentaba una ampliación, la pesca no se recuperaba de la grave crisis, producto de la depredación de las especies marinas, en que cayó a fines de los sesentas. La estatización de los activos privados, en este último caso, no produjo la racionalización esperada, agravando los conflictos tanto económico como laboral.

En cuanto a las características específicas de los trabajadores en cada uno de estos sectores es necesario también anotar algunas diferencias. Los pescadores tienden a ser migrantes de origen rural, andino en muchos casos, con educación primaria o algunos años de secundaria. Los siderúrgicos en cambio tienden a tener una socialización urbana previa, educación o experiencia técnica y, a veces, algunos años de Universidad. Los requerimientos del trabajo explican fácilmente las diferencias educativas entre ambos contingentes, Sánchez lo reitera en su testimonio: "me presenté a Sider-Perú y en la medida en que tenía experiencia y certificados, ingresé inmediatamente". Los procesos productivos en que ambos grupos se insertan van a ser también diferentes. Los pescadores trabajan en una lancha, en grupos de diez o doce, al mando de un patrón de la embarcación, su relación jurídica es la de un contrato de locación de servicios y su ganancia un porcentaje de lo pescado. Trabajan en jornadas que pueden durar varios días y paran, con motivo de las vedas, varias veces al año, dependiendo de las épocas de auge o decaimiento por las que atravieza dicha industria. Como señala Colchado: "...la vida de un pescador es muy dura, tú no sabes cuándo vas a regresar y si vas a regresar". El caso de los siderúrgicos es otro, pudiendo quizás asimilarse al de un proletario clásico. Hacen un trabajo en fábrica, divididos en secciones y con responsabilidades específicas. Su jornada es de ocho horas, ganan un salario y desarrollan las solidaridades y problemas que surgen en cualquier taller industrial.

Atraídos por esta concentración obrera llegan también los políticos. No es que Chimbote fuera territorio virgen para la política, tanto ciudadana como sindical. Había una antigua tradición aprista, parte de la hegemonía de este partido en el norte peruano, que alcanzaba también el sector sindical (Rodríguez 1980). El APRA, por ejemplo, había tenido la dirección del sindicato obrero de la empresa siderúrgica durante la mayor parte de la década del sesenta, así como también la dirección de la Unión Sindical de Trabajadores de Ancash, que más tarde se transformaría en la Federación Sindical de Trabajadores de Ancash (FESIDETA). De igual forma había también un trabajo del Partido Comunista, tanto en pescadores como en siderúrgicos, rivalizando con el APRA aunque dentro de parámetros de actuación similares, es decir, dentro de la dinámica de la "negociación" como apunta Eduardo Cáceres. Pero la novedad en este panorama será el arribo a Chimbote de cuadros de la denominada Nueva Izquierda. Por su juventud, tanto personal como de sus organizaciones políticas, sus puntos de vista radicales y su gran espíritu de lucha, estarían más dispuestos a la confrontación que a la negociación y serían los protagonistas del conflicto con el "estado-patrón".

Hugo Marquezado y Eduardo Cáceres, así como también otro de nuestros entrevistados, Manuel Cortez, militante del PCR que se convierte en líder sindical de los obreros de Sider-Perú, llegan a Chimbote, en la década del setenta, enviados por sus respectivas organizaciones políticas. Había en ellos un pasado universitario y una militancia que se convertía en la razón de ser de sus vidas. Son atraídos por un movimiento social que ya estaba en curso y su presencia, como la de muchos otros cuadros que llegan "enviados", potenciará el movimiento. Detalle significativo porque contrasta con las versiones que difundía la propaganda del gobierno militar de la época, que veían en estos conflictos exclusiva obra de agitadores. Hermógenes Villanueva, militante del Partido Comunista, de presencia anterior en el lugar, resiente, cuando lo entrevistáramos, esta llegada de cuadros importantes de los grupos a la izquierda de su Partido, que contrasta con el repliegue al que se ve obligado el PC a principios de la década del setenta. Pedro Colchado, destaca en cambio esta "concentración de dirigentes" que según él permite una competencia que impulsa al movimiento.

Pero no sólo son los militantes que llegan quienes traen ingredientes políticos al movimiento, también los propios trabajadores que se con-

vierten en dirigentes sindicales tienen una experiencia que los predispone a la participación. Ella se puede traducir en la memoria de su lugar de origen, como es el caso de César Sánchez, criado en Talara, cuando la presencia de la empresa norteamericana, la IPC, regía la vida del lugar:

“Yo he sufrido directamente el problema de la IPC, en cuanto a su trato que le dió al pueblo de Talara, donde habían zonas que los talareños, ni aún los obreros podían ingresar. Todo eso me había marcado un sentimiento de rechazo a una forma de control, de monopolio del imperialismo. Pero en Talara no hubo expresión política, ahí todo estaba controlado por el APRA. Eso que yo no pude hacerlo en Talara lo vengo a hacer acá en Chimbote, al ingresar a Sider Perú.”

También se encuentra en una experiencia sindical previa, como la de Wenceslao Risco, de origen campesino y luego dirigente sindical y militante del PCR, quien es seriamente afectado al sufrir el despido de su primer trabajo en una hacienda:

“Los apristas forman el Sindicato de la Hacienda Labor y yo como aparecía el que más sabía me nombran Secretario de Actas. Hay dos huelgas importantes contra la empresa y la patronal se decide a romper el sindicato, lo rompe y al final los dirigentes son despedidos casi todos. Era el 65 y en esa época no había estabilidad laboral. Sicológicamente me afectó mucho porque fui despedido por supuesta apropiación ilícita y sin el pago de beneficios sociales.”

Estas memorias de injerencia extranjera en la producción y ausencia de estabilidad laboral contrastarán con el Chimbote de los setentas, donde imperaba la propiedad estatal y la estabilidad en el trabajo estaba, al menos, garantizada por ley, cuestiones ambas que incentivarán una mayor participación.

### C. LA LUCHA POR LA AUTONOMIA

Los que llegan pasan por la experiencia de convertirse en trabajadores construyendo un espacio social propio que tiene como referente inicial

el sindicato y posteriormente también la organización vecinal. Esta lucha por el espacio propio tiene un adversario en conflicto con el cual ocurre: el gobierno militar. Es decir, sucede en respuesta a un intento de sujeción corporativa que tenía un doble propósito: buscar una base social para el gobierno y a la vez controlar las demandas de trabajadores cuyo empleador era el propio Estado. Es importante, sin embargo, señalar que la lucha contra el Estado se da tanto cuando este, siendo patrón, pretende intervenir las organizaciones sindicales, como cuándo busca privatizar las actividades productivas bajo su control. Por lo que parecería que nunca se pretende, de parte de los trabajadores, ni romper la simbiosis Estado-patrón, ni tampoco terminar su vinculación laboral con el Estado, en aras de, por ejemplo, un hipotético "control obrero". Ello tienta a formular que la simbiosis más significativa se establecía entre Estado y trabajadores, donde, contradictoriamente, uno necesitaba de los otros y viceversa, para desarrollarse. ¿Qué tanto se puede hablar de autonomía en estas condiciones? Esa es la cuestión. Podríamos decir entonces que el problema está en el protagonismo para construir determinados espacios sociales. Lo hace el Estado, con determinadas consecuencias en términos de identidad y democracia, como veremos más adelante, o lo hacen los trabajadores.

A partir de las diferentes versiones de nuestros entrevistados podemos establecer que esta lucha por la autonomía va a marcar los límites del período, así como los hitos más importantes, en el caso de Chimbote. Estos límites, en términos de la relación movimiento social-Estado, son particulares en cada uno de los casos estudiados. En términos globales privilegiamos el período entre 1975 y 1978, sin embargo, para poder entender la dinámica de Chimbote debemos tomar mejor el período que va de 1973 a 1978. Mayo de 1973 es un momento clave para el movimiento. "Una ruptura", tal como nos dice Cáceres, entre un antes y un después. Es una coyuntura de ofensiva del Estado contra los sindicatos, a través de un grupo adicto, el MLR. El Estado intenta afianzar su presencia sindical entre los pescadores, rechazando, con el uso masivo de la violencia, el intento de grupos izquierdistas por devolver el ejercicio democrático al gremio en cuestión. Los esfuerzos de estos últimos convocan la solidaridad de otros sindicatos y la misma población produciéndose amplias movilizaciones y graves enfrentamientos. 1978, por otra parte, no sólo es el último año de grandes movilizaciones populares

a nivel nacional, sino también el año en que termina una gran huelga del gremio siderúrgico, que de igual manera concita gran simpatía del pueblo y consigue importantes reivindicaciones, tanto para los trabajadores siderúrgicos como para toda la población de Chimbote.

Es importante resaltar que hasta 1975 el intento de intervención estatal en las organizaciones sociales es a través del MLR. Tal como señalamos en la Segunda Parte, esta era una organización desarrollada por los sectores más autoritarios al interior del velasquismo, parece ser que impulsada en un primer momento por el Ministerio de Pesquería para contrarrestar la influencia de los sectores de oposición. Aunque nunca se ha determinado con precisión y detalle la extensión de sus actividades, fue en la ciudad de Chimbote y en particular en el sector pesquero, donde hicieron su trabajo más importante. Al igual que en el resto del país, su composición era de gente lumpen y su método la imposición violenta. Como tal, es identificado rápidamente por los trabajadores, convirtiéndolo en el blanco principal de sus luchas.

Los sucesos de mayo de 1973 van a ser un punto de viraje en el movimiento social chimbotano que en lo inmediato significarán una derrota para sus ambiciones de autonomía, pero que en el mediano plazo implicarán modificaciones en la naturaleza de los actores y en las formas de organización y movilización, lo que les permitirá avanzar en la construcción de espacios propios. Eduardo Cáceres observa tres fenómenos que suceden en ese año:

“La experiencia del 73, esa suerte de estallido popular contra lo que eran las puntas más corporativas, incluso facistizantes del gobierno militar, el MLR, marca un quiebre, una ruptura, en un tipo de relación entre dirigentes y masas en el ámbito sindical, además representa el surgimiento de una nueva generación política, tanto en pescadores como en siderúrgicos. En tercer lugar, sucede un fenómeno menos percibido pero que también va a repercutir a todo lo largo de la década del setenta e incluso del ochenta: el año 73 es el año en el cual entra a Sider-Perú un contingente muy grande de obreros a raíz de la ampliación, gente que se concentra sobre todo en las plantas de “planos” y “no planos”.



Durante la década del sesenta había sido dominante en el movimiento sindical chimbotano la presencia aprista, con un estilo básicamente negociador, que distinguía al llamado "sindicalismo libre" propiciado por dicha tendencia, pero que no había dejado de lado instrumentos de lucha como las huelgas para conseguir sus demandas. Esta hegemonía la empezaron a compartir con el Partido Comunista, a finales de la década, en la que era quizás la principal base sindical chimbotana, el sindicato obrero de Sider-Perú (Rodríguez 1980) (Atusparia 1989). Es importante señalar que la pugna entre el APRA y el PC no tiene en este caso las connotaciones de confrontación cerrada que se observan en otros lugares del país. Aquí, ambos compartían el mismo espíritu negociador y el APRA se mostraba más combativa que su promedio nacional. Al mismo tiempo se había fortalecido también el gremio de Construcción Civil, tal como nos informa Wenceslao Risco, por el auge coyuntural de la construcción causado por el terremoto, desarrollándose a su interior las primeras tendencias radicales de envergadura que buscan disputar la hegemonía en la localidad al APRA.

Esta situación se va a expresar en el V Congreso de la FESIDETA, a comienzos de 1973. Diversas expectativas, además de las propias del aprismo, se habían desarrollado en torno a dicho evento. Por una parte el PC que esperaba aglutinar alrededor suyo al conjunto de las fuerzas radicales y así tentar la dirección, por otro, las fuerzas radicales buscaban su propia hegemonía subordinando al PC. Inclusive estas últimas habían alentado la formación de un "Frente de Defensa", organización de carácter social que debía agrupar sindicatos y organizaciones vecinales, "contra" el Estado, en un intento de acumular fuerzas para el evento. Wenceslao Risco nos relata al respecto:

"A principios de los años setenta el Sindicato de Construcción Civil se convierte en el eje de la centralización del movimiento obrero de la provincia. El 72 convoca a todas las organizaciones en todos los niveles, hasta pueblos jóvenes, para conformar el Frente de Defensa de los Intereses de la provincia del Santa<sup>12</sup>. Se elabora toda una plataforma y el objetivo de asumir la dirección de la FESIDETA. Reynaldo

12. Chimbote es la capital de la provincia del Santa, donde se concentra la mayor parte de la actividad económica y social.

Arana (líder de los obreros de Construcción Civil) sale elegido presidente. Se establece una declaración de principios, un programa, básicamente economicista y algunas cosas contra el imperialismo".

Este nuevo contendor que aparece en escena, con su propia coalición de fuerzas, llevará a que el evento tenga resultados inesperados. En cada caso, PC y radicales, contaban con un candidato de prestigio para la Secretaría General, por el PC iba Cristóbal Espinola y por los radicales Reynaldo Arana. Estas disputas llevan a una situación paradójica. La confrontación entre el PC y los radicales los anula mutuamente, permitiendo que el APRA dirija el evento y elija a la nueva Junta Directiva. Hermógenes Villanueva, resiente esta situación y señala:

"...era una forma de sancionar, si se quiere, al PC, pero fue un error porque no era un problema de qué grupo tenía la dirección sino que era un problema de frente único, de frente clasista."

El mayor número de delegados de convicciones izquierdistas permite, sin embargo, cambiar los Estatutos de la Federación, introduciéndose conceptos propios del sindicalismo denominado "clasista", alentado por la izquierda marxista. Pero la introducción de un nuevo discurso "clasista", propiciado sobre todo por la Nueva Izquierda, no supone una dirección en el mismo sentido, lo que nos lleva a señalar que las diferencias en el sindicalismo chimbotano no estaban marcadas por el discurso, sino por la actitud práctica de los dirigentes, teniendo mayor peso hasta ese momento quienes propician la negociación. Aunque esta última posición no implicará renegar de la independencia de sus organizaciones, sino establecer una dinámica de trato con el Estado-patrón.

Este espíritu negociador quizás pueda tener, por el lado del APRA, una explicación en su tradición de trabajo sindical, pero por el lado del PC tiene más que ver con su apoyo al gobierno militar del general Velasco, tal como señala Villanueva:

"...el PC con toda su responsabilidad no puede negar el aval que le dió en un momento al gobierno de Velasco. Creo que este exceso de aval nos costó muy caro en Chimbote."

Tanto el APRA como el PC, como partidos con representatividad nacional, tendían más a seguir la dinámica del conjunto del país, a diferencia de los grupos radicales, de menor dimensión, que más fácilmente se adaptaban a la dinámica chimbotana.

Los sucesos de mayo de 1973 se originan cuando un grupo significativo de pescadores, organizados por partidos de Nueva Izquierda deciden reorganizar su sindicato y darse una directiva democrática, ya que la que estaba en funciones no convocaba a elecciones desde hacía varios años y basaba su fuerza en el respaldo que le brindaba el gobierno. Eligen a una Junta Transitoria para que llame a elecciones y retoman el control de su local sindical. El otro grupo, ligado directamente al Movimiento Laboral Revolucionario, reacciona violentamente y con el apoyo de la policía recupera el local. Frente a esta situación se suceden manifestaciones de apoyo a los pescadores por parte de la mayoría de los trabajadores organizados, particularmente de los siderúrgicos, en el curso de los cuales es asesinado por la policía, el líder siderúrgico y dirigente comunista Cristóbal Espinola, "acribillado desde una camioneta de la Guardia Republicana, encargada de la seguridad de Sider-Perú", según nos señala Hermógenes Villanueva. La muerte de Espinola quizás simbolice la aguda contradicción que atravezaba al Partido Comunista, atrapado entre la necesidad de defender los intereses inmediatos de los trabajadores y su política general de apoyo al gobierno militar.

La situación se agrava y la población inicia una huelga general, encabezada por los siderúrgicos, que dura aproximadamente 10 días. La iniciativa de la huelga se origina en la propuesta de los grupos más radicales dentro del sindicato siderúrgico, quienes toman ventaja de la indignación causada por la represión para ganar el liderazgo de las acciones. En un momento se negocia con la autoridad militar de la ciudad para levantar la huelga, lográndose la satisfacción de varios de los puntos pedidos, como era la investigación y sanción de la muerte del dirigente Espinola, sin embargo no se llega a un acuerdo respecto al retiro de la policía encargada de cuidar las instalaciones de la planta siderúrgica, por lo que no se firma ningún compromiso. Risco, se queja amargamente de la intransigencia de los más radicales:

"...habíamos conseguido que la Guardia Republicana no portara armas en Sider-Perú, habíamos conseguido que se investigara la

muerte del compañero Espinola y se sancionara al responsable, habíamos conseguido que se destinaran fondos para continuar la reconstrucción de Chimbote. Sin embargo, todas esas cosas fueron echadas al agua. No se tomaron en cuenta. Ahí no nos jugábamos la toma del poder, era una cuestión gremial."

La huelga es derrotada al poco tiempo por las autoridades sin hacer ninguna concesión al movimiento, incluso se despiden a 48 trabajadores de Sider-Perú acusándolos de sabotaje a las instalaciones de la planta, disposición que afectará a todos los partidos, incluso al APRA y, sobre todo al PC. Años más tarde, según nos dice César Sánchez, las propias autoridades reconocerían que no se trató de sabotaje sino de un "hecho fortuito" que produjo los daños achacados antes a los trabajadores.

La reacción del gobierno se puede explicar por la importancia que tenía el gremio de pescadores, como "una posición de fuerza", señala Manuel Cortez, desde la cual el MLR podía avanzar en el control de otras organizaciones sociales. El caso es que la fuerza represiva del gobierno militar radicaliza a la población y permite que los grupos más extremos tomen la dirección de las acciones, desplazando tanto al APRA como al PC, por más que estos también participen del rechazo al MLR. A su vez, la radicalización de las medidas de protesta y la falta de permeabilidad para negociar llevan a su total derrota al movimiento. Es decir, la vieja hegemonía APRA-PC se muestra insuficiente para defender a la organización sindical frente a la intromisión del gobierno, pero los sectores radicales tampoco son capaces de mantener los espacios ganados. El fracaso de las tendencias en pugna es lo que hace de estos sucesos un punto de viraje, cerrando un período y abriendo otro, en el que se dará un enfrentamiento más exitoso a la intromisión estatal.

Queda, por lo demás, señalar que después de los sucesos de mayo de 1973, el gobierno militar intenta desarrollar su presencia en el movimiento sindical armando una central departamental de trabajadores paralela a la FESIDETA, la Federación Departamental de Trabajadores de Ancash, FEDETAN, de poca repercusión posterior. Asimismo, crea sindicatos paralelos tanto en Construcción Civil como en Pescadores y logra moderar considerablemente a la nueva directiva del gremio siderúrgico. En el caso de Construcción Civil, se trata de un sector cuya importancia

productiva se hallaba ya seriamente disminuída, debido a que había pasado la etapa crítica de reconstrucción de la ciudad posterior al terremoto. En cuanto a pescadores, también se trata de un sector que productivamente no se encontraba en su mejor momento, aunque aquí la represión jugará un rol fundamental. Los siderúrgicos, a pesar de los golpes recibidos, son quienes mejor atraviezan esta difícil coyuntura, expresándose esto en su recuperación posterior.

Entre 1973 y 1978 se dan algunos fenómenos significativos en lo que al rol del Estado se refiere. El primero, sucede, entre 1973 y 1975, es el intento del gobierno de Velasco de proceder a una ampliación significativa de la planta siderúrgica, tomándose un gran número de nuevos obreros. Luego, entre 1975 y 1978, ya en el siguiente gobierno militar, de Morales Bermúdez, dentro de la tónica de reducir la intervención del Estado en la economía, se procede a privatizar parte de los activos pesqueros y se empieza a dar marcha atrás en los planes de ampliación de Sider-Perú. Ambas políticas tienen efectos importantes en el movimiento. Los nuevos obreros serán el contingente fundamental para la reconstrucción del sindicato siderúrgico y, posteriormente, las medidas privatistas de Morales Bermúdez causaran reacciones, tanto en la pesca como en Sider-Perú.

Entre 1973 y 1975 se produce un importante trabajo de reconstrucción y ampliación del espacio social autónomo por parte de los dirigentes ligados a los grupos de Nueva Izquierda. Una parte de este trabajo se desarrolla en Sider-Perú, donde el Sindicato Obrero y la Comunidad Industrial, luego de los sucesos de 1973, contaban con dirigencias proclives a la patronal. En particular, en el caso de la Comunidad Industrial, donde se encontraban personas ligadas al Movimiento Laboral Revolucionario. A partir del trabajo en las secciones de la fábrica, particularmente en la de "productos planos", de apertura reciente y que aglutinaba a los obreros más nuevos, se empieza a elegir delegados con posiciones independientes de la dirigencia. Esto lleva a generar una oposición que se expresa con motivo de la visita a Sider-Perú del Ministro de Industrias de la época, un general del ejército, quien trata de dirigir la palabra a los obreros. Ello causa una reacción masiva de los trabajadores lo que permite que un activista, Manuel Cortez, suba al escenario y exponga los problemas por los que atravesaban:

"El Ministro dijo: "¿Por qué silban? Yo quiero que ustedes me digan qué pasa aquí". Pucha, me dije, esta es la mía. A mí me habían puesto un cordón de la gente de seguridad de la empresa, entonces yo le metí un empujón a uno y cogí la baranda y me subí. Carajo, me temblaba todo, era la primera vez que me ponía a hablar así. Entonces le dije: "Yo le voy a decir por qué es que estamos haciendo esto" y la gente vivaba. "Ya está bien" dijo el Ministro, "No señor Ministro, no está bien" dije. "Cómo que no está bien" dijo, y yo me seguía mandando. "Porque aquí se ha dicho que nosotros ganamos más que los campesinos y nosotros no estamos preguntando cuánto ganan los generales..." y la gente seguía metiendo bulla... La masa estaba esperando que alguien dijera lo que quería decir y tuve que ser yo. Pudo ser otro también pero no sucedió. Yo lo hice y la gente inmediatamente cerró conmigo a ese nivel."

Como resultado de esta acción los trabajadores logran mejores condiciones para su participación democrática en las instancias que les correspondían, como era el caso de Comunidad Industrial, hasta ese momento controlada por dirigentes cercanos a la empresa.

Con esta acción Cortez inaugura un nuevo tipo de liderazgo, cuyas características analizaremos más adelante, que lo lleva entre fines de 1974 y principios de 1975 a ser sucesivamente elegido Secretario General de la FESIDETA y del Sindicato Obrero de Sider-Perú. En el primer caso significa la primera derrota del predominio aprista en la Federación de Trabajadores y en el segundo, la derrota de la dirigencia pro-patronal que entra luego de los sucesos de 1973. Cortez se convertirá así en un personaje emblemático de la recuperación del movimiento sindical en la zona, aunque luego también pasará por serias dificultades.

La otra parte es la que se desarrolla en la organización vecinal, en el esfuerzo por desarrollar una Federación de Pueblos Jóvenes. Al igual que los sindicatos, los barrios populares también se habían convertido en un campo de disputa entre las fuerzas que apoyaban al gobierno, MLR incluido, y los partidos de la izquierda radical. Estos últimos, tal como nos informa Pedro Colchado, vieron reforzado su trabajo con el desplazamiento de antiguos dirigentes del gremio de pescadores, luego de los sucesos de 1973, que llevaron a los barrios sus habilidades políticas

y organizativas. El Congreso de la Federación de Pueblos Jóvenes tiene un desarrollo accidentado y ocurre en dos etapas, siendo asaltado por los matones del MLR con apoyo policial cuando era claro que las fuerzas gobiernistas no tenían posibilidades de ganarlo. Hugo Marquizado lo recuerda así:

"En ese tiempo, 1975, yo era dirigente de los Pueblos Jóvenes y...fue un asalto violento, armas en mano, con el apoyo de la Sub-Prefectura y la Policía de Investigaciones, en carros oficiales trasladaban a los asaltantes al Congreso. Hubo una evidente y directa participación del Estado."

Sin embargo, el evento se reanuda dos meses más tarde y culmina eligiendo su dirigencia, predominando abrumadoramente activistas ligados a la Nueva Izquierda.

Pero esta etapa que ocurre entre 1973 y 1975 todavía es de superación del repliegue sufrido en 1973 y de lucha contra la injerencia abierta del gobierno a través de MLR. De recuperación de espacios más que de conquista de terrenos mayores. Aunque es importante señalar que las fuerzas políticas que lo dirigen son de izquierda radical, mostrando que su postura intransigente en defensa de los espacios autónomos era la única efectiva frente a la ofensiva estatal en el terreno de la organización social. Otras opciones como la aprista sufren una seria derrota al ser desplazados de FESIDETA y el PC prácticamente desaparece luego de la represión de que es objeto, la muerte de su líder Cristóbal Espinola y la marginación explícita del resto de la izquierda. Respecto de esto último Villanueva señala:

"Nosotros estábamos muy golpeados, todos nuestros cuadros estaban despedidos. Todos, todos despedidos, no quedó ni uno. Todo el trabajo se vino abajo."

El cambio de gobierno, de Velasco a Morales Bermúdez, tiene particular incidencia en Chimbote por la importancia de la presencia estatal y el peso obrero en la fuerza de trabajo. El repliegue del Estado que intenta Morales Bermúdez busca privatizar Pesca-Perú, cortar los planes de ampliación de la siderurgia y recortar varios de los derechos

sindicales dados por el gobierno de Velasco. Además, Morales Bermúdez abandona también el aspecto corporativo del proyecto velasquista y por lo tanto quita el apoyo al MLR. Estas acciones cambian las condiciones de lucha del movimiento social, modificándose quizás algunas de sus demandas, pero sin variar el adversario al que deben enfrentar, que continúa siendo el Estado. No existe ya más el MLR, pero Manuel Cortez nos dirá que con Morales Bermúdez viene "la represión diaria, una práctica liquidación de las libertades democráticas" con el uso directo de la policía y las Fuerzas Armadas. El hecho de que no varíe el adversario lleva a que en la conciencia de muchos trabajadores no se establezcan diferencias claras entre Velasco y Morales Bermúdez, ambos eran "la dictadura militar". A posteriori, sin embargo, se puede observar que el cambio entre una política de disputa de un espacio social determinado, como era el caso del intento corporativo, a una política de destrucción o simple subordinación de la organización social, como se intenta luego, lleva a una reacción radical y masiva de los trabajadores que se va a expresar en los paros nacionales de 1977 y 1978.

El período que va de 1975 a 1978 es un período que se inicia con una recuperación organizativa. El VI Congreso de la FESIDETA a fines de 1974 recupera la unidad entre las fuerzas de la izquierda radical, o en las palabras de Pedro Colchado "el frente único de la izquierda", es decir, le confiere representatividad, aunque fuese temporalmente, a la Federación de trabajadores entre el nuevo espectro de fuerzas dominantes, habida cuenta del desplazamiento de la hegemonía APRA-PC. Esto se completa, ya en 1975, con la elección de Cortez al sindicato obrero de Sider-Perú y la realización del Congreso de la Federación de Pueblos Jóvenes, que afianzan la misma tendencia radical.

La primera lucha de envergadura que se produce en estas nuevas condiciones es la huelga de pescadores a fines de 1976, una huelga de dos meses y diez días que convoca a todos los pescadores del litoral peruano pero que tiene especial repercusión en Chimbote. Se trata del desafío más importante, antes del paro nacional de 1977, que sector trabajador alguno presentó al Estado de Emergencia impuesto por el gobierno de Morales Bermúdez en julio de 1976. El motivo de la huelga es la privatización por parte del gobierno de Morales Bermúdez de la flota pesquera. Las razones de los pescadores eran el temor a la desocupación



que traería esta transferencia, así como una importante retórica sobre las bondades de la propiedad estatal, a la que asumían mejor, a pesar de los sucesivos conflictos habidos, que la privada.

Colchado nos señala que el sindicato de Chimbote se reactiva apenas unos meses antes de la huelga, en julio de 1976, con motivo de las medidas del gobierno, convocándose a asambleas y eligiéndose una nueva Junta Directiva. La huelga, sin embargo, no logra sus demandas. Se trata, quizás, del primer evento de lo que luego sería una dinámica nacional. El gobierno de Morales Bermúdez se caracteriza por su dureza frente al movimiento sindical, en particular cuando lo que estaba en disputa eran aspectos sensibles de su política, como las privatizaciones. Pero en Chimbote este fracaso tiene connotaciones particulares. El gremio de pescadores había sido seriamente golpeado en la lucha contra el MLR, debiendo replegarse, como vimos, a la organización barrial. No sucede en este caso el proceso de recuperación organizativa que se da en otros gremios como el siderúrgico. Sus condiciones para dar una lucha de estas características no eran las mejores, y si la huelga tuvo esa duración y extensión, era porque enfrentaban, o creían enfrentar, su desaparición.

Además, esta huelga abre una fisura importante entre pescadores y siderúrgicos. Estos últimos, no llevan adelante un paro de solidaridad acordado para el 4 de noviembre de 1976, o sea, exactamente en medio de la lucha de los pescadores. Las acusaciones entre los dirigentes son mutuas, respecto de la necesidad o la oportunidad del paro solidario, cayendo finalmente en el campo de la recriminación política, entre los distintos grupos radicales, donde un sector de trabajadores actuó o dejó de actuar por directiva del grupo político que lo influenciaba. Lo real es que la huelga de pescadores no despertaba entre otros sectores una solidaridad masiva, a pesar de su número e importancia económica en la localidad. Esta situación lleva a dirigentes de la época, como Pedro Colchado, a mitificar las cualidades del pescador como "heroico" y "solidario" frente a un proletariado siderúrgico "atrasado" y "economicista" que sólo estaba interesado en sus salarios, así como a los partidos que, según el mismo Colchado "daban las directivas en la clandestinidad, a medianoche y los engañados éramos nosotros porque luego esos intelectuales nunca aparecían". Sin embargo, Manuel Cortez

señala, que a pesar del fracaso en cuanto a sus objetivos específicos, "abrió el camino" para el paro nacional del 19 de julio de 1977. Más allá de la corrección de estos puntos de vista, en esa coyuntura se reflejan las debilidades de un gremio que había sufrido los embates del corporativismo durante el gobierno de Velasco y luego la intransigencia del siguiente gobierno urgido por solucionar la crisis económica.

La otra lucha significativa que se desarrolla en este período es la que llevan adelante los siderúrgicos, una huelga de 52 días por razones principalmente salariales, entre diciembre de 1977 y enero de 1978. Esta huelga, sin embargo, a diferencia de la anterior, termina victoriosa, consiguiendo las reivindicaciones de los trabajadores siderúrgicos así como también varias demandas de servicios urbanos de los barrios populares. Quizás si el logro más significativo en este caso es el grado de solidaridad que se llega a concitar. A principios de enero de 1978 se desarrolla una Asamblea Popular en la Plaza de Armas de la ciudad, donde dirigentes de diferentes gremios y organizaciones sociales forman el Comité Coordinador de Organizaciones Sindicales y Populares (CECOSPA). Esta instancia sirve para organizar el apoyo de la población a la huelga, permitiendo el desarrollo de movilizaciones de los diferentes barrios de la ciudad. Asimismo, esta instancia es la que convoca, sucesivamente, a paros provinciales de 24, 48 y 72 horas, en apoyo a la lucha siderúrgica, hasta que finalmente el gobierno accede a las demandas planteadas.

Al igual que en 1973 parece ser que la formación del CECOSPA, como una forma de Frente de Defensa, estaba también motivada por rivalidades políticas y personales entre quienes estaban en la directiva del sindicato siderúrgico y quienes conformaban la dirigencia de FESIDETA, a decir de Hugo Marquesado, los primeros "no se sentían representados" por estos últimos. Sin embargo, en este caso, CECOSPA no se limitó a ser un instrumento de acumulación de fuerzas de un sector contra otro, sino que organizó la solidaridad de la población y las demandas del conjunto. Así nos señala Marquesado:

"El año 77-78, con la huelga, con la huelga de Sider-Perú, surge el CECOSPA, organiza comités barriales en todo Chimbote y con el apoyo de los diferentes sectores populares moviliza a miles de

personas...Este CECOSPA logra desarrollar la primera experiencia de Asamblea Popular, que se hizo el 4 de enero de 1978, después de un mes de huelga. Allí se decretó el paro del 5 de enero de 1978, que ha sido desde mi punto de vista el paro más grande que ha habido en Chimbote, con bloqueo de avenidas, pistas y en general de todo Chimbote."

Y, agrega Manuel Cortez:

"Se forma el CECOSPA y se obtiene una victoria política, porque logramos hacer retroceder a la dictadura, logrando reivindicaciones no sólo para los siderúrgicos sino también se consiguen cosas para los pueblos jóvenes, que se hagan pistas, veredas etc."

Fue tal la envergadura del movimiento que la población llegó a cortar la carretera Panamericana por cerca de diez días, a pesar del control militar existente. Las diferencias entre los siderúrgicos y FESIDETA quizás pueda explicarse por el liderazgo ejercido por el sindicato de trabajadores de Sider-Perú, de lejos el más poderoso del lugar, que difícilmente se podía someter a la directiva de la Federación local de trabajadores, pero que sí podía arrastrar tras suyo la solidaridad de los más diferentes sectores de la población. Para Manuel Cortez este fenómeno lleva a considerar los Frentes de Defensa en Chimbote como una extensión del movimiento sindical, en este caso podríamos decir, más precisamente, del sindicato siderúrgico. Esta actitud, de cierta soberbia del sindicato siderúrgico, en relación con los otros gremios chimbotanos, contrasta con la fidelidad a su central nacional, la CGTP, que se manifiesta en el acatamiento, aunque fuera formal, de todas las medidas que esta decretara.

En cuanto a los paros nacionales de la época, en julio de 1977 y mayo de 1978, hay opiniones contradictorias. Por una parte, tiende a haber concesiones a la imagen nacional de triunfo que transmitieron estas paralizaciones, por otra, sin embargo, se acepta que en Chimbote, como señala César Sánchez, "no se obedece a una dinámica nacional sino que tiene su propio desarrollo", se imponía la dinámica local e incluso sectorial, que hemos tratado de diferenciar en el caso de pescadores y siderúrgicos. En cuanto al paro nacional del 19 de julio de 1977, Hugo

Marquezado relata que pocos días antes, buena parte de los dirigentes populares son detenidos por la policía en una reunión de preparación del paro y luego de realizado este son despedidos de sus puestos 52 dirigentes sindicales. Mejor suerte y mayor participación tuvo la doble jornada del 22 y 23 de mayo de 1978. Cabría decir que el fracaso de la huelga de pescadores no fue el mejor antecedente para el paro de julio de 1977, en cambio, el triunfo siderúrgico de principios de 1978 creó mejores condiciones para el paro nacional de mayo de ese año. Sin embargo, en ningún caso, logran desarrollarse movilizaciones de la envergadura de las que motivaban las reivindicaciones locales.

Vemos que el período que va de 1975 a 1978 significó una ampliación del espacio social propio del movimiento popular en Chimbote. Una ampliación en términos de organización e incorporación de nuevos actores, que revierte, como señaláramos, la situación de 1973. Sin embargo, es una ampliación de espacio basada en la fuerza y el liderazgo de un solo sindicato, el siderúrgico, que se sirve y a la vez es usado por diversas organizaciones sociales para conseguir múltiples reivindicaciones. El aspecto sindical-obrero sigue siendo el predominante en la construcción de los espacios sociales y las reivindicaciones atienden a la defensa, construcción y consolidación de los espacios que se van ganando, tanto en la organización sindical como en la barrial.

Las debilidades del proletariado chimbotano se muestran, sin embargo, en la eventualidad o transitoriedad de sectores como Construcción Civil o Pescadores, que en un momento llegan a ser muy importantes, pero que luego, por los problemas de su base productiva, ligados a las dificultades de la intervención estatal, no logran consolidarse ni económica ni sindicalmente.

#### D. LA PERSPECTIVA DEMOCRÁTICA

La primera impresión política de los nuevos obreros cuando llegan a Chimbote es que se trata de un medio con mayores canales de participación. César Sánchez nos dice:

“Aquí en Chimbote al ingresar a Sider-Perú encontré que había un espacio más amplio que permitía la participación y el mecanismo

principal fue el sindicato. Era donde podían salir los que estaban decididos a luchar. En la medida en que habían acciones de masa, entonces había forma de expresar descontento o el rechazo a determinadas medidas...Esa es mi primera incursión a nivel sindical, como me fui forjando como dirigente."

El hecho de que sean obreros de primera generación cuya memoria refiere al mundo tradicional, inmerso o cercano al campo, donde prima la sumisión a grandes o pequeños señores locales, hace que esta experiencia de inserción política en el medio urbano se viva como una ruptura. El canal más importante de esta participación es el sindicato y el vehículo de socialización política, los partidos, particularmente, en los años de nuestro estudio, las agrupaciones de la denominada Nueva Izquierda.

En estos años de gobierno militar la importancia política de los espacios sociales es mayor, particularmente en medios como el sindical y en experiencias como Chimbote, que observan un rápido crecimiento de la población asalariada. Las razones están dadas por las condiciones de dictadura que priman en el ámbito nacional y hacen muy difícil, sino imposible, la participación en las decisiones de gobierno. Sin embargo, en este caso no solo es la dictadura lo que lleva a relevar la importancia política de lo sindical, sino también el momento inicial de proletarización que vivían los trabajadores. Para ellos volverse obreros fue la forma de acceder al mundo urbano y convertirse en actores capaces de tomar decisiones sobre sus intereses. Ahora bien, como señala Eduardo Cáceres, el interés de participación de la masa de trabajadores era "de contenidos muy específicos dentro de un universo general clasista y de oposición al Estado", o sea, estaban interesados en puntos reivindicativos inmediatos, a la vez que reconocían a quien debían enfrentar, quizás de allí la relevancia de lo sindical.

Podemos diferenciar, entonces, un proceso más global, casi estructural, de democratización social, en cuanto acceso a un mundo libre de las subordinaciones señoriales. Pero esta democratización social es más una posibilidad o un abanico de posibilidades que se le presentan al trabajador, no todavía una norma y un mecanismo específico de toma de decisiones, que se empezará a dar en el ejercicio de la práctica sindical.

Pero si la política se desarrolla como lucha sindical ello no significa que no existiera una perspectiva mayor referida al gobierno nacional. Esta perspectiva es lo que Manuel Cortez denomina "conciencia anti-dictatorial", es decir, son trabajadores que viven la experiencia de la imposición vertical del gobierno a través del sindicato. El sentimiento anti-dictatorial, tal como lo señalamos en el acápite anterior, va a ser el que define el período de estudio entre 1973 y 1978, señalando un continuum entre Velasco y Morales Bermúdez, y poniendo por delante el respeto al derecho que tenían a decidir en sus propios espacios. Gobierno se identifica para ellos con dictadura, y, por oposición, sus esfuerzos de autonomía y participación con democracia.

Hemos reseñado el primer hito de esta conciencia anti-dictatorial en el enfrentamiento al MLR en 1973. Allí se modelan las condiciones y los actores del enfrentamiento para los años siguientes y la perspectiva democrática que estos desarrollan. Quienes como el APRA, estaban más ligados a prácticas de convivencia con el poder, o el PC, que se debatía entre la lealtad a sus bases y el apoyo al gobierno militar, quedaban descartados como protagonistas del nuevo sentido democrático que emergía desde los sindicatos.

Pero este sindicalismo era posible por los partidos. Manuel Cortez nos reitera que se trataba de un "sindicalismo rojo", aludiendo a la identidad entre grupo radical y gremio. Así nos dice sobre la actividad de su partido, el PCR, dentro de Sider-Perú:

"Nosotros teníamos el librito rojo y nuestros boletines que no diferían mucho. En una sección se llamaba "Palabra proletaria", en otra "Puño de Acero" y en otra "El Forjador". Como el sindicato no sacaba nada, y eso era fundamental, (a nivel general) nosotros metíamos "El Siderúrgico Rojo".

Incluso, a nivel de la ciudad de Chimbote, se llega a identificar a cada sindicato por el grupo o la alianza de grupos que predominara en su Junta Directiva. Los partidos eran los que impulsaban la vida sindical, posibilitando, nos dice Wenceslao Risco, "el nivel de conciencia" necesario entre los trabajadores acerca de sus problemas, sin ellos cree que hubiera sido imposible organizar las demandas.

Sin embargo, la práctica de los partidos tiene también críticos, Colchado señala una actitud paternalista que, según él, impide que surga una élite dirigente desde la propia base. Refiere también que "el que sacaba la cara" para llevar adelante una táctica acordada por el partido era el dirigente sindical y si no lo hacía era calificado de "traidor". Explica esto como una actitud de utilización que tiene como eje el desarrollo de tal o cual organización política, generalmente clandestinas, y no necesariamente del sindicato, recibiendo la primera los beneficios y corriendo la segunda con los costos. Haya sido una utilización unilateral o mutua, esta importante presencia partidaria demuestra las limitaciones del sindicalismo impulsado por la Nueva Izquierda, y, en buena medida, su restricción a los trabajadores ligados a los grupos políticos.

Contradictoriamente los partidos de la Nueva Izquierda impulsan la participación de los trabajadores y del pueblo en general, pero al mismo tiempo la limitan. Insisten en instrumentos de lucha como las asambleas y las movilizaciones e incluso encuentran en ellos su fuente de legitimidad, frente a los grupos que desplazan como el APRA o el PC, pero son particularmente cuidadosos en el monopolio de la toma de decisiones. Cortez mismo señala que las decisiones eran prerrogativa de la cúpula que expresaba a las organizaciones políticas y los mecanismos sindicales eran "correas de transmisión". Esto no quiere decir que la mayor participación fuera una ficción, pero sí que en buena medida era una "presencia", más o menos activa, de los trabajadores, y no tanto una participación en mecanismos que le permitieran ejercer decisión. Esto no significa tampoco que los partidos tuvieran una capacidad de manipulación absoluta sobre los trabajadores, un partido puede ser hegemónico en un determinado momento siempre y cuando satisfaga determinadas necesidades de las bases, si deja de hacerlo o la situación cambia, generalmente la dirección sindical es removida. Manuel Cortez es aquí un buen ejemplo. Desarrolla su liderazgo enfrentándose intransigentemente a los directivos de la empresa e incluso a un Ministro que pasa de visita, en momentos especialmente duros, entre 1974 y 1975, cuando era muy difícil conseguir concesión alguna. Obtiene importantes éxitos al recuperar la conducción del gremio para posiciones independientes de la empresa y lograr diversos canales de participación democrática para los trabajadores. Sin embargo, en un siguiente momento, cuando había necesidad de negociar, pierde las elecciones y otros

dirigentes toman su lugar procediendo a las negociaciones. En retrospectiva el propio Cortez nos señala: "Mi gestión como dirigente sindical estuvo caracterizada por la confrontación permanente y eso no siempre es del gusto de todos".

Es importante también señalar que este aliento y limitación simultáneos a la participación lo hacen los grupos radicales desde una perspectiva estratégica de toma del poder y ruptura revolucionaria. Ello implicaba buscar la forma de agudizar los conflictos, estimulando la movilización de las bases, la toma de medidas como paros, huelgas, asalto de locales, que condujeran a crear las condiciones para un futuro levantamiento armado. Esta perspectiva se veía favorecida por la existencia de un régimen dictatorial, sin mayores canales de participación nacional, que convalidaba sus proposiciones radicales. Esta concepción tendía pues a tomar el trabajo sindical más en un sentido instrumental, en función de sus objetivos políticos, que por la necesidad de afianzar la organización de base.

Desde esta experiencia sindical de la política el acercamiento a una dimensión nacional que no fuera exactamente de traducción dictatorial presentará serias dificultades. La convocatoria electoral de Morales Bermúdez tendrá así variadas lecturas. Hermógenes Villanueva, será quizás la versión más gremialista: "los paros nacionales desenmascaran la apertura de Morales". Julio Caipo, dirigente bancario, en entrevista que nos brindara, continuará con la confusión, entendiendo democracia como las libertades democráticas necesarias para el trabajo sindical. Eduardo Cáceres, por último, dice sin ambages que para la izquierda de la época la convocatoria electoral fue simplemente un truco. El grito característico de la época ¡Abajo la dictadura, gobierno popular! hace ver que no había otra perspectiva frente a los problemas del gobierno nacional que su derrocamiento y el cambio por otro de naturaleza diferente. La idea de derrocamiento, por más que se quedara en la propaganda, no se condecía con procedimientos democráticos de recambio gubernamental. No es esta, sin embargo, la actitud de la masa trabajadora, allí predomina una actitud más práctica, que Cáceres denomina "ladina", de probar para ver qué pasa, si de repente por allí puede haber alguna solución a sus problemas.



Es interesante, además, observar cómo en las sucesivas elecciones que se producen desde 1978 en la ciudad de Chimbote, siempre gana el APRA. Es decir, no se traduce la predominancia de la izquierda, a nivel sindical, en el plano electoral. Quizás a ello contribuya una antigua tradición aprista en la región, que data de varias décadas y demuestra ser más poderosa que las nuevas identidades sindicales. Sin embargo, existe también una cierta desconfianza en el mismo sujeto trabajador cuando vota para la directiva de su sindicato y cuando vota para una elección nacional. Los requisitos de confianza en ambos casos son distintos y seguramente, como nos dice César Sánchez, la beligerancia sindical y la retórica radical propia de ese ámbito, no ayudan en el segundo de los casos. Hugo Marquezado es aún más explícito al respecto:

“Los trabajadores veían a los compañeros de izquierda como defensores consecuentes y honestos de sus intereses económicos inmediatos, pero no les veían como que estaban en capacidad de decidir los destinos del país.”

Las posibilidades democráticas no trascienden, con todas sus limitaciones, el ámbito social, en particular del sindicato. No es imaginable para esta experiencia sindical de la política que la dictadura pueda exhibir convocatorias democráticas verídicas. Los asuntos del gobierno nacional y del Estado en general, son de “otros”, en una relación ajena y excluyente con las cosas que ocupan a los trabajadores.

#### E. EL CLASISMO: UNA IDENTIDAD SOCIAL

El espacio social que los trabajadores construyen, a través de los partidos de la Nueva Izquierda, para organizar sus demandas, va a tener una expresión de identidad que los distinguirá de otros esfuerzos de organización sindical. Esta expresión la denominarán en el propio ámbito del movimiento social “clasismo”. La predominancia de la Nueva Izquierda en la organización sindical y barrial de Chimbote durante el período de estudio hará que estos grupos identifiquen como propia esta distinción, por oposición al antiguo discurso de conciliación aprista, de apoyo a las reformas que proponía el PC, o de intervención y subordinación como planteaba el MLR. Sin embargo, esta identidad con una tendencia política no impedirá que el “clasismo”, como distinción, abarque a capas

mayores de trabajadores que muestran su simpatía por una actitud en la organización y la lucha sindical.

Pero ¿cuáles son los elementos de definición de esta identidad en Chimbote? Julio Caipo nos dirá, en forma general, que el clasismo era apoyar lo que "convenía" a los trabajadores, Manuel Cortez insistirá en que era la defensa de sus derechos, César Sánchez pondrá el acento en el aspecto de la participación y Eduardo Cáceres, más globalmente, señalará que era la democracia tumultuaria y radical, en universos circunscritos como el sindical. Derechos, democracia, y radicalidad, facilitados en su convergencia por el conflicto con el Estado-patrón, que parecía encarnar todo lo contrario.

Ahora bien, este clasismo se vivía como defensa de reivindicaciones inmediatas, cuyos contenidos siempre tendían a ser precisos. Reivindicar, casi siempre cuestiones económicas, era poner en acción la identidad, es decir, hacer política en las condiciones de este sindicalismo. Por esta razón era muy difícil distinguir sindicato de partido, no estaba establecida una acción diferenciada para cada uno de ellos. A lo sumo, el partido ponía el discurso, que además de hablar de la radicalidad de la acción inmediata se extendía en una recargada retórica sobre la necesidad y las características de la toma del poder, aunque sin fijar las relaciones entre una y otra cosa. En términos de política concreta quedaba entonces, nada más, la acción inmediata. Marquezado insiste por eso en que la política desde esta perspectiva era: "sindicato, movilización, olla común, comunicado".

Los dirigentes de este sindicalismo clasista se pueden definir como audaces, valientes y sobre todo honestos, dispuestos a tomar la iniciativa en una acción que casi siempre era de confrontación. A estos elementos unían la posibilidad de ser revocados en cualquier momento en su mandato, no sólo por la interminable competencia entre las diferentes fracciones del radicalismo y los apetitos personales de diversos líderes, sino también porque el trabajador común y corriente que adhería al clasismo consideraba como la prueba de transparencia del dirigente la posibilidad de que fuera revocado. Ello se demuestra en la gran movilidad de dirigentes clasistas en el período, lo que respondía a esta sensibilidad de los trabajadores. Cáceres señala:

"Hay mucha revocabilidad y en respuesta a eso las dirigencias clasistas son muy inestables. Ha quedado esa huella de que si una persona está mucho tiempo en el cargo, está robando."

Estos elementos se daban en contraste con los que habían caracterizado a los dirigentes, principalmente apristas, en los períodos anteriores. Estos eran caudillos que tenían la imagen de ser proclives a la corrupción y que solían durar largo tiempo en los cargos sindicales.

Toda política que no se diera en estas condiciones, de acción inmediata o retórica estratégica, era pasible de sospecha o considerada simplemente como "mala" para este clasismo. De allí las dificultades para entender la convocatoria electoral y la idea misma de la representación política. Cáceres señala que por su propia práctica el clasismo buscaba tramitadores más que representantes, es decir, alguien que hiciera las gestiones para solucionar sus demandas. Otro rol que saliera del espacio sindical era considerado como posible de contaminarse con el gobierno nacional, un mundo ajeno con el cual casi siempre habían tenido relaciones de conflicto.

## Cusco: el radicalismo andino

### A. EL CUSCO ROJO EN LA CIUDAD DE LOS SEÑORES

LA CIUDAD DEL CUSCO, en el sur andino del Perú, es una urbe de mediano tamaño en relación al país en que se encuentra (130 mil habitantes en 1972) (Monge 1981), pero con una tradición histórica y cultural de primer orden debido a su condición de capital del imperio del Tahuantinsuyo en el momento de la llegada de los españoles. Esta característica, a pesar de su reconstrucción como ciudad colonial por los conquistadores, se continúa en su condición de referente cultural del mundo andino, en especial de la cultura quechua y, en el siglo XX, de la preocupación intelectual indigenista.

Desde la tercera década del siglo la ciudad ha sido considerada un baluarte político del Partido Comunista, cuya fundación regional, en 1927, precedió a la del Partido Socialista del Perú realizada por José Carlos Mariátegui un año más tarde. El comunismo cusqueño, a diferencia de lo que ocurre en otros sitios, privilegia en sus inicios el entronque con la tradición indigenista del lugar lo que le permite influencia y arraigo regionales (Lynch 1979). Por esta razón el apelativo de "Cusco Rojo". Sin embargo, se trata de un comunismo de precaria base obrera. Si en sus primeros lustros los comunistas realizaron un importante trabajo entre los trabajadores textiles y de construcción civil, así como entre algunos gremios artesanales y de servicios, fundando en 1942 la Federación de Trabajadores del Cusco (FTC), la ruina de la primera

industria y el carácter coyuntural de la segunda, los limita con el tiempo al artesanado, la intelectualidad y la asesoría campesina. La región, por lo demás, no es ni ha sido industrial sino agraria, predominando, hasta la Reforma Agraria de 1969, una estructura semi-feudal en el campo. Esto hacía del conflicto social una confrontación ancestral entre señores y siervos en la que los comunistas no intervienen sino episódicamente hasta fines de la década del cincuenta, teniendo una participación decisiva, a través de la Federación de Trabajadores, para la fundación de la Federación Departamental de Campesinos de Cusco (FDCC) en 1961.

La ciudad ha sido el referente urbano de los dueños de la tierra. Desde su construcción como ciudad colonial sobre las ruinas de la capital del Tahuantinsuyo se perfiló como una urbe señorial, ajena al campesinado indio que la rodeaba. Esta contradicción, de ciudad terrateniente que muchas veces intenta recuperar lo indígena como preocupación intelectual, pero desprecia al indio como tal, va a marcar no solo al estrato dominante señorial sino que se prolongará al propio movimiento social urbano, influido, vía los sectores medios, de la cultura señorial terrateniente.

Artesanos, proletarios y clases medias van ganando, sin embargo, progresivamente, espacio social en el siglo XX y los comunistas cumplen un rol al liderar su impronta. Pero estos sectores sociales no logran cambiar el carácter de la ciudad, por lo menos hasta la década del cincuenta. Es aquí cuando un terremoto, en 1950, y el movimiento campesino, en la segunda mitad de la década, expresan los límites de la dominación terrateniente. No es coincidencia por ello que el primer movimiento popular urbano de envergadura en el pasado inmediato tenga lugar en abril de 1958 (Sotomayor 1984), cuando se forma, a iniciativa comunista, un "Comité Popular" para protestar contra el alza del precio de la gasolina y su repercusión en los demás precios básicos de la economía. Este movimiento captura a las autoridades y asume el control de la ciudad durante dos días, negociando sus demandas en la capital de la República. Esta es, quizás, la primera vez que la ciudad pertenece a otros que no fueran los señores de la tierra.

La toma de la ciudad en 1958, la influencia que ejercían en la Federación Departamental de Trabajadores y la Federación Departamental de Campesinos, así como en la Federación Universitaria Cusco (FUC),

que agrupaba a los estudiantes universitarios, da una idea de la importancia comunista en la ciudad e incluso en la región. Sin embargo, su proyección en el campo no trasciende la asesoría gremial, sin llegar a la intensidad de otros trabajos políticos más limitados en tiempo y espacio pero también más profundos, como el trotskista, a través del Frente de Izquierda Revolucionario (FIR) y su carismático líder Hugo Blanco, en los valles de La Convención y Lares, entre 1958 y 1962. Vladimiro Valer, en ese momento activista del FIR, en entrevista que nos brindara, achaca esta aparente superficialidad del trabajo agrario del PC a que: "El Partido Comunista no creía en el movimiento campesino", supuestamente privilegiando una perspectiva obrerista más ortodoxa. Es tal el sello que llega a imponerle el FIR a su trabajo puntual de La Convención y Lares que Mario Herrera, otro activista sindical y político de la época, cuando lo entrevistamos señala que el movimiento campesino llega a identificarse como "trosko" en la coyuntura de auge de principios de los sesentas. Pero a pesar del relativo éxito troskista por su mayor cercanía a las bases campesinas, Herrera señala que el debate que estas diferencias de estilo y objetivos políticos producían en el seno de la Federación Departamental Campesina, no dejaban de ser "una polémica entre asesores".

De igual forma la proyección ciudadana de la hegemonía comunista presenta también importantes limitaciones. En las elecciones generales de 1962, a pesar de los límites de aquellos procesos electorales donde, por ejemplo, no votaban los analfabetos, las listas encabezadas por el PC no alcanzan, en el Cusco, el 5% de la votación (Roncagliolo 1980).

Estas limitaciones, tanto en su trabajo en el campo como en su proyección ciudadana, llevarían a que la ruptura que sufre el Partido Comunista a nivel nacional el año 1963<sup>13</sup>, tenga particular repercusión en el Cusco, debilitando su influencia gremial, especialmente la campesina y la estudiantil. Esto lleva a una situación que, Ricardo Baylón, maestro y dirigente del Partido Comunista, señala de la siguiente forma:

13. A fines de 1963 el Partido Comunista Peruano se divide entre una facción moscovita y otra maoísta. Los primeros mantienen su unidad, por lo que se les reconoce como "Partido Comunista", los segundos, en cambio se subdividen en múltiples facciones que toman el nombre del eventual periódico que publican o de algún lema que los caracteriza.

"Antes el movimiento popular estaba centrado bajo un solo mando político que era el PC, después de las divisiones internas del partido y las divisiones sindicales, aparecen un conjunto de movimientos políticos en el Cusco que dan lugar a una especie de archipiélago político."

Si a esto agregamos la represión que sufren las posiciones de izquierda como producto de las guerrillas de 1965, que intentan abrir un frente militar en el departamento del Cusco, encontraremos que la proyección del liderazgo político comunista, promisorio a principios de la década, atravesaba, a mediados de los sesentas, por una seria crisis.

La ciudad, sin embargo, ya no sería más de los señores de la tierra. El comienzo de sucesivas reformas agrarias, la creciente presencia del Estado fruto del primer gobierno de Beláunde y los inicios del turismo masivo, harían aparecer nuevos sectores sociales, particularmente artesanos, trabajadores de servicios y empleados del Estado. El Censo de 1972 da una composición de la PEA urbana para la ciudad del Cusco donde los sectores de transporte, comercio y servicios superan el 50% y la industria sólo llega al 14% (Monge 1981), presumiblemente artesanos en su mayoría.

## B. ¡KAUSACHUN VELASCO!

¡Kausachun Velasco! en el idioma de los quechuas o ¡Viva Velasco!, será un grito que marcará los primeros años de la década del setenta en el Departamento del Cusco, desafiando la hegemonía de otro lema, el de "Cusco rojo, siempre será" que luego de décadas de predominancia indiscutible mostraba en ese momento su identidad confundida.

La ley de Reforma Agraria dada en 1969 por el gobierno militar del general Velasco va a tener un profundo impacto, tanto en el campo como en la ciudad del Cusco. El Departamento se convierte en algo así como el laboratorio de sucesivas legislaciones de Reforma Agraria, luego del poderoso movimiento campesino que ocurre entre 1958 y 1962, pero ninguna tiene la trascendencia de la reforma velasquista. Tanto por su impacto en la destrucción del poder terrateniente, terminando un proceso que había iniciado en décadas anteriores el movimiento campesino,

como por la extensión de la presencia estatal al mundo rural y el intento de organizar masivamente al campesinado en apoyo a su política reformista. Vladimiro Valer, que luego de su militancia troskista trabajó como funcionario de SINAMOS, nos señala que "se logró llegar a organizar a los campesinos en los lugares más alejados". Esta medida, sin embargo, va a dividir campos en el movimiento popular cusqueño.

El poder gamonal, que era el poder local y regional de la casta terrateniente, sufre un embate decisivo con esta Reforma Agraria. No tanto en las provincias que habían tenido el movimiento campesino más poderoso, como es el caso de La Convención y Lares, sino en las denominadas "provincias altas" del Departamento donde permanecían seculares e intocadas las estructuras del poder terrateniente. Aquí, es la intervención estatal la que permite terminar con un agente de opresión social como eran los señores de la tierra e incluso organizar al campesinado en lo que se denominó las "ligas agrarias" en cada provincia, que a nivel departamental se juntarían en la Federación Agraria Revolucionaria "Túpac Amaru" (FARTAC). Es decir, como señala cuando lo entrevistamos, quien en ese entonces era dirigente sindical de los trabajadores universitarios, Elmer Abarca: "este cambio en el Cusco se ve muy claro, los campesinos e indios habían ganado con Velasco un espacio que no tuvieron por muchos años, desde Túpac Amaru".

Pero esta intervención del Estado no se apartó de lo que fue el común denominador de la práctica velasquista, tanto en términos de organización productiva como social, es decir, la imposición de un modelo desde arriba, sin tomar en cuenta las peculiaridades del lugar. Esto significó reorganizar las antiguas haciendas como cooperativas manejadas por burócratas estatales, que solo concedieron un rol marginal a las antiguas comunidades indígenas, así como también muy poca preocupación por establecer continuidad entre las antiguas organizaciones campesinas independientes, en muchos casos destruidas o seriamente debilitadas, y las nuevas que se creaban para impulsar el proceso. Esto llevó a un práctico paralelismo por parte de las ligas agrarias, que Vladimiro Valer señala como uno de los más serios errores del velasquismo. El control estatal de inspiración castrense, dejó, así, un margen estrecho para el apoyo, no solo campesino, sino de vastos sectores sociales que habían luchado también contra la opresión terrateniente. Sin embargo, uno de



los polos del conflicto social fundamental desapareció (los terratenientes) abriendo nuevas posibilidades de desarrollo para el campesinado, pero, que a la postre también se frustrarían.

Como señalábamos, la reforma agraria velasquista ahondó divisiones que ya se venían procesando en el movimiento popular cusqueño. En particular su intento de organizar directamente a los campesinos en apoyo a las reformas a través de la FARTAC, despertó múltiples resistencias y suspicacias. Más allá de la posición que cada grupo político tuviera frente al gobierno, esta acción rompía con la tradición de independencia que había tenido el movimiento popular en la región, además de significar una competencia política de envergadura, donde los medios con que contaba el gobierno en el corto plazo eran muy superiores a los de cualquier eventual adversario.

La situación de las fuerzas políticas izquierdistas interesadas en organizar las demandas populares reflejaba esta situación de crisis. Por una parte la división del Partido Comunista, que debilitó seriamente su influencia sobre las organizaciones sociales que otrora controlara monóticamente. El PC "oficial" mantuvo su influencia sobre la Federación de Trabajadores y siguió la línea de su dirección nacional apoyando el proceso de reformas del velasquismo. Esta posición, sin embargo, restó influencia a la Federación de Trabajadores sobre el movimiento popular urbano, particularmente el sindical, porque la puso en la incómoda situación de apoyar un gobierno, mediatizando los conflictos laborales que se daban en su ámbito, sin que este se mostrara muy interesado en su concurso como fuerza protagónica. La fracción maoísta más importante fruto de esta división "Patria Roja", desarrolló trabajo entre los estudiantes universitarios, con particular incidencia como señala Alex Bustamante<sup>14</sup>, dirigente estudiantil maoísta en aquel período, entre los que venían de las provincias del Departamento, formando, nos dice, "los famosos círculos de estudiantes de las provincias" controlando, así, la Federación Universitaria Cusco. Asimismo, a partir de su trabajo estudiantil, organizó un sindicato de maestros, el SUTEP, que

14. Entrevistado por el antropólogo Elemer Abarca para otro estudio sobre el mismo período.

tuvo en el Cusco a una de sus bases más combativas. La posición de Patria Roja era de radical oposición al gobierno militar, al que calificaba no solo de reformista y contrarrevolucionario sino incluso de "fascistizante". Por último, algunos caudillos aislados de posiciones maoístas recalcitrantes, se afincaron en los restos de la Federación Departamental de Campesinos, rechazando la reforma agraria como una maniobra gubernamental. A estas fuerzas de origen comunista se sumaron los partidos marxistas de la Nueva Izquierda, en particular Vanguardia Revolucionaria, desarrollándose en la región al influjo de militantes, de procedencia universitaria, venidos de Lima. En un primer momento VR concentra sus esfuerzos en la Universidad local, desplazándose luego al campo para iniciar un trabajo que con el tiempo le daría importantes resultados. La posición de este último grupo frente al gobierno militar se resumía en la calificación de "reformista burgués" que lo llevaba a una oposición al mismo, aunque sin la radicalidad de los maoístas ortodoxos.

La iniciativa de organización social y política del gobierno militar, a través de un organismo especializado, el ya mencionado SINAMOS, generó un movimiento de corte anti-dictatorial que tuvo como su ámbito inmediato a la ciudad del Cusco. Este movimiento, cuyos picos ocurrieron en agosto de 1971 y noviembre de 1973, se basó en la rápida, casi explosiva, capacidad de movilización de los estudiantes universitarios, agrupados en la FUC y dirigidos por Patria Roja. Esta capacidad es la que lleva a afirmar a Alex Bustamante, refiriéndose a su organización, Patria Roja:

"...creíamos que el movimiento universitario era el factor casi dirigencial de los hechos políticos y sociales por una simple razón, porque era el ente más dinámico en el movimiento popular en Cusco, era un movimiento que podía salir de la noche a la mañana."

El motivo inmediato del movimiento fue la respuesta a una legislación universitaria represiva dada por el gobierno militar para extirpar la política radical de la Universidad y el intento por parte de la izquierda universitaria de establecer una forma de gobierno autónomo de los claustros. En ambos casos, sin embargo, se intentó formar Frentes Populares, que tomaron el nombre de Frente Unico de Defensa de los

Intereses del Cusco (FUDIC), buscando agrupar a otras organizaciones populares en conflicto. El sector de influencia inmediata fueron los maestros organizados en el SUTEP y también influidos por Patria Roja, que habían, precisamente, realizado el congreso de fundación de su sindicato en 1972, en la ciudad del Cusco. También se agruparon algunas organizaciones de pobladores y pequeños comerciantes que tenían problemas inmediatos que resolver.

El conflicto más importante de este período se da en noviembre de 1973, cuando en una movilización de estudiantes universitarios es muerto por la policía el estudiante Jaime Salas. Como reacción al día siguiente, 23 de noviembre, los universitarios queman el local del SINAMOS en el centro de la ciudad del Cusco. Nadie ha aceptado nunca, explícitamente, la autoría del incendio, pero es claro, tal como nos señala nuestro entrevistado Carlos Paredes, dirigente estudiantil y militante de Vanguardia Revolucionaria en la época, que este simboliza el rechazo, por lo menos de buena parte del Cusco urbano al gobierno militar. SINAMOS era el organismo encargado de la política de organización social del gobierno, por lo tanto, blanco privilegiado de quien se opusiera a ella. Vladimiro Valer va a llamar la atención sobre el hecho de que el incendio se produzca al poco tiempo del mitin, de apoyo a la reforma agraria, que organizara la FARTAC el 4 de noviembre de 1973, según muchos observadores uno de los mítines campesinos más grandes que hayan habido en el Cusco, así nos dice:

“No recuerdo cuántos habrán sido, pero había gente que no entraba en la plaza. Fue una cosa gigantesca y eso produjo un fenómeno extraño, nuevo, del que no le podría dar explicación. Todo el mundo se alarmó y preguntaban ¿qués esto? Nunca en ninguna movilización campesina anterior y eso que el Cusco fue escenario de muchas movilizaciones campesinas se había visto algo así. Y los campesinos actuaron, los chumbivilcanos, por ejemplo, tenían piquetes con lazos y ya habían laceado y capturado a varios estudiantes que estaban posiblemente distribuyendo volantes contra el mitin. Ahí parece que hubo la interpretación de que se estaba preparando la invasión de la universidad y la toma de la ciudad por parte del campesinado. Por la cantidad de campesinos fue casi una toma de la ciudad en esa oportunidad que debe haber alarmado a cualquiera. Eso podría

explicar la reacción que se dió después, en una marcha, en una eclosión que indujo al incendio de SINAMOS, que más que intencional me parece que fue una cosa muy espontánea."

Quizás por ello Mario Herrera, dirigente del gremio de Construcción Civil en esa coyuntura, diga que la quema de SINAMOS expresa "odio al campo" por parte de quienes lo hicieron. Corroborando esta versión, aunque desde una visión contrapuesta, Carlos Paredes, dice que el gobierno movilizó su fuerza campesina para enfrentar a la ciudad, generándose un movimiento anti-dictatorial que fue "aplastado por el ejército".

Mucho se ha especulado sobre las causas de esta reacción anti-dictatorial que se plasma en el atentado referido. Sin embargo, si nos atenemos a la composición social de la multitud que protagoniza las movilizaciones: estudiantes universitarios y maestros, veremos que se trata de dos sectores que ven deterioradas sus expectativas de ascenso social, en particular en el ámbito de una ciudad provinciana y andina como el Cusco de principios de los setentas. La actitud de rigor y orden que el gobierno militar busca implantar en las universidades es entendida por los estudiantes como un intento de limitarles su acceso a la enseñanza superior, cortando un cañal de movilización social privilegiado en la sociedad peruana como es la educación (Lynch 1990). Asimismo, el deterioro de las condiciones de vida del magisterio, que destruye la imagen del profesor como un respetable profesional de clase media, tal como nos refiere otro de nuestros entrevistados, el dirigente magisterial de la época y uno de los responsables de Patria Roja, Gustavo Palomino. Ello afecta gravemente, tanto a los antiguos profesores, provenientes muchos de ellos, en el caso cusqueño, de familias terratenientes o emparentadas con ellos, como a quienes buscan ingresar al profesorado, entre los que predominan hijos de campesinos, que ven el magisterio como la forma más inmediata de dejar atrás la miseria rural. Palomino señala la importante presencia que tienen en los primeros años del SUTEP estos profesores emparentados con la casta terrateniente y la significativa influencia que desarrollan en alimentar el radicalismo del sindicato, tanto al oponerse en forma tajante a la reforma educativa que intentan los militares como al apoyar entusiastamente cualquier pronunciamiento contra la reforma agraria. Al respecto se explica Palomino:

“El maestro era totalmente refractario a la reforma educativa y me atrevería a decir que no tanto por oposición ideológica como por desconocimiento. Debía modificar su rutina de trabajo y no quería ser afectado. Subsistía la mentalidad latifundista. Porque el maestro de áreas rurales era una suerte de latifundista, dueño de su escuela, de su trabajo, de su labor. En algunos sitios incluso le pagaba el latifundista y era un maestro a su servicio. Entonces su mentalidad estaba dada a admitir que lo que sabía, lo que poseía y lo que hacía, era indiscutible. Por lo tanto hay oposición por desconocimiento y por temor a incomodarse.”

Asimismo, bajo la influencia del proceso de cambios en el campo, Mario Herrera recuerda que “el campesino empezó a controlar al profesor” buscando combatir el habitual desgano de los maestros rurales. Todos estos elementos llevan al propio Palomino a concluir que “hubo influencia reaccionaria en la quema de SINAMOS”.

El impacto de la reforma agraria no logra entonces cumplir un rol aglutinador del movimiento social en la región, que una campo y ciudad, pasado y presente. Fisuras ancestrales parecen imponerse, ante todo entre movimiento campesino y movimiento urbano. La explicación podría encontrarse en que las reformas son fruto de la acción estatal, peor todavía, llevadas adelante por un gobierno militar. Esta iniciativa estatal prácticamente obvia lo urbano y busca engarzarse con el campo pero sin atender a lo ya existente, queriendo reemplazar los antecedentes con la burocracia y la autoridad. Esta actitud subleva a la ciudad, desde siempre postergada por el centralismo limeño simbolizado por el gobierno y permite que se junten los intereses de quienes, incluso teniendo un origen campesino, llegan a la Universidad y buscan obtener un sitio en la ciudad a través del título profesional, con los de aquellos que se ven en peligro de terminar de perder sus títulos señoriales, aunque fueran ya imaginarios, que habían tenido como principal fuente al campo.

Esto es posible porque la acción estatal “desde arriba” se da en un momento en que no existe ninguna fuerza política que pueda servir de puente entre el campo y la ciudad. Como fue el caso, aunque muy limitado, del Partido Comunista en la coyuntura de movilización social que se da entre 1958 y 1962. A principios de los años setenta el PC está

fragmentado y su hegemonía diluida, sin lograr ser reemplazado por el gobierno, o por sus organismos de movilización social como el SINAMOS. Si este puente no existe y el Estado pretende organizar directamente al campo, la ciudad reacciona mostrando sus odios más profundos.

Pero aún más llamativo es el papel de catalizador de estos intereses que asume el radicalismo ideológico maoísta, principalmente representado por Patria Roja. Más allá de su discurso, que apela hasta la saciedad a obreros y campesinos, los maoístas terminan organizando las demandas de quienes pugnan, unos por entrar y otros por no salir, de la clase media. En ambos casos, trátase de estudiantes o maestros, rechazando en su proceso social y en su actitud política al mundo campesino y lo que pueda expresar como alternativa económica o de poder.

### C. TODOS CONTRA LA DICTADURA

La caída del régimen reformista del general Velasco y el paso al gobierno del general Morales Bermúdez va a significar un importante cambio para el Cusco y su región. José Luis Rénique (1986) argumenta que el primer efecto será el retiro de la inversión en diversos proyectos de desarrollo y Vladimiro Valer agrega que otra de las acciones de Morales Bermúdez en la región será la desactivación del SINAMOS en su papel de promotor de la organización social y política. Sin dinero ni apoyo a la organización social el régimen aparece desnudamente autoritario. Si antes este carácter de dictadura del gobierno militar podía ser discutido, principalmente por el impacto de la reforma agraria en algunas provincias, de 1976 en adelante la actitud dictatorial del régimen va a ser sentida no sólo por estudiantes y maestros, sino crecientemente por otros sectores laborales urbanos, particularmente trabajadores estatales, así como también, aunque siempre con menos capacidad de expresión, por el campesinado.

El primer momento en que se manifiesta este viraje es en marzo de 1976 en el IV Congreso de la Federación Departamental de Trabajadores del Cusco (FDTC), nuevo nombre que adopta la antigua Federación de Trabajadores del Cusco. Allí se produce la salida de importantes bases de la central sindical departamental, como son: los sindicatos de la Empresa Nacional de Ferrocarriles (ENAFER), Electroperú y trabajado-

res municipales, es decir, de trabajadores cuyo empleador es el Estado. Ellos forman a iniciativa de VR el Frente Unico Sindical de Trabajadores (FUSIT), como alternativa de centralización a la FDTC. Julio Castro, entrevistado por nosotros y dirigente del PCR en la época, señala que el mensaje era claro por parte de los disidentes: la FDTC, controlada por el PC, no era capaz en ese momento de liderar su lucha reivindicativa, porque se encontraba todavía muy ligada al gobierno militar, a pesar de los cambios notorios que empezaba a introducir Morales Bermúdez.

Por otra parte, la relación de estos gremios disidentes con grupos izquierdistas radicales, en este caso opuestos al régimen militar desde sus inicios, donde VR a nivel sindical era el más notorio, no era de ninguna manera de subordinación sino más bien de asesoría político-sindical. En el caso de los gremios señalados, los sindicatos de Enafer y Electroperú al menos, estaban encabezados por caudillos sindicales como Jaime Bueno y Guillermo Barrueta de significativa trayectoria y conocimiento de su función, lo que les permitía mantener con orgullo una condición de "independientes" y relacionarse de igual a igual con los activistas políticos. Este tipo de relación, sin embargo, devenía muchas veces en una mutua utilización, que da lugar a expresiones como la de Mario Herrera, quien en su condición de Secretario General del Sindicato de Trabajadores de Construcción Civil en la época, se refiere al espacio que le dió a VR para desarrollar trabajo al interior del gremio diciendo: "necesitábamos gente que nos haga los oficios", actividad seguramente más propicia para los universitarios radicales que se acercaban al gremio.

A principios de 1977, entre enero y febrero, se da un segundo intento de centralización anti-dictatorial, esta vez a iniciativa no solo de VR, sino también del Partido Comunista Revolucionario, disidencia "izquierdista" de la anterior. Al efecto se constituye el Frente Democrático Popular Antiimperialista (FDPA), que pretendía agrupar no solo organizaciones gremiales sino también políticas, buscando atraer tanto a Patria Roja como al Partido Comunista. Sin embargo, en ambos casos predominaba aún el sectarismo. Patria Roja quería revivir los Frentes de Defensa del período velasquista, mostrando poca atención sobre el cambio de coyuntura y el PC no quería ninguna coalición que no aceptara a la FDTC como dirección. El FDPA, sin embargo, logra

convocar al mitin del primero de mayo de 1977, en coordinación con la FDTC, elaborándose una plataforma de reivindicaciones regionales de quince puntos, que será el germen de las plataformas posteriores. Los puntos que se incluyen, que se volverán característicos del período, contienen: la construcción del hospital del Seguro Social, la ampliación de la hidroeléctrica de Machu Picchu, la construcción del Aeropuerto Internacional, mayores rentas para la Universidad, así como otras referidas al costo de vida y la defensa de las libertades democráticas y sindicales, además de algunas reivindicaciones campesinas. Sin embargo, las suspicacias de los sindicalistas independientes por la presencia de los partidos y de las fracciones comunistas porque no se les reconocía lo que creían debía ser su lugar, crean serias dificultades a este FDP para cumplir un efectivo rol de centralización política.

En esta coyuntura de lucha anti-dictatorial contra Morales Bermúdez es cuando salen a luz los grupos de la Nueva Izquierda como Vanguardia Revolucionaria y el Partido Comunista Revolucionario. La rivalidad entre estos grupos de Nueva Izquierda y los partidos del tronco comunista tiene su origen no solo en las probables diferencias ideológicas sino también en su diferente origen social y estilo de trabajo. Los activistas de la Nueva Izquierda eran recientes en la región, se trataba de universitarios limeños de clase media que, en un primer momento sobre todo, se dedicaron a captar cusqueños también universitarios y de similar origen social. Sus lazos con el movimiento popular eran, igualmente, más recientes y su dificultad para contar con líderes sindicales entre sus propias filas era mayor, de allí quizás su afán de coordinar con los caudillos independientes. Patria Roja y el Partido Comunista, por otra parte, eran partidos cusqueños en todos sus escalones y, sobre todo el PC, con dirigentes propios en diferentes gremios. Sin embargo, corresponde a la Nueva Izquierda la iniciativa de un trabajo campesino independiente del que desarrolla el Estado a través del SINAMOS, aunque con serias dificultades, como veremos más adelante, para articularse con el movimiento urbano que se desata.

Serán las denominadas "jornadas de junio", que como dice Carlos Paredes "tuvieron al Cusco un mes de paro", el evento que permitirá la confluencia de este espectro de partidos, gremios y personalidades, eso sí, todos ellos urbanos. Estas movilizaciones fueron una respuesta a las



medidas económicas que anunciara el Ministro del ramo Walter Piazza. Son consideradas la respuesta regional más importante en todo el país y por ello antecedente de primer orden del Paro Nacional del 19 de julio de 1977. Las medidas económicas que tenían entre sus puntos la subida del 100% de los pasajes urbanos, llevó a una movilización, casi espontánea, de los estudiantes universitarios el día 15 de junio, que se continuó el día 16 con el concurso de las vendedoras del mercado y algunos contingentes de trabajadores. Fue en esta última jornada que cayó muerto por la policía un obrero, motivando la continuación más violenta y extendida de las manifestaciones. En este momento es que recién reaccionan el FDPA y la FDTC, convocando ambos, en sendos comunicados, a la paralización de la ciudad, el FDPA por 48 horas y la FDTC por 24. Esta última acusó de extremista al primero, buscando mantener el privilegio que históricamente había tenido de encabezar estas manifestaciones, aunque, de acuerdo con Rénique (1987) parece ser que algunos activistas de grupos de la Nueva Izquierda quisieron ver en los hechos actividades pre-insurreccionales. A pesar de estas desavenencias, que seguían expresando mutuas desconfianzas entre el PC y la Nueva Izquierda, la masiva participación popular volvió a unir en las calles a las diferentes tendencias, poniendo las bases para las futuras organizaciones de frente que se formarían en los años siguientes.

El caso es que la ciudad estuvo totalmente paralizada durante tres días, en los cuales ocurrieron las movilizaciones más importantes que se recuerden desde los eventos de abril de 1958, "las movilizaciones más importantes de los últimos 20 años", en las palabras de Elmer Abarca. La paralización, por lo demás, continuó en algunos sectores, particularmente en la Universidad, durante varios días, debiendo suspenderse, por única vez en la historia reciente, las fiestas del Inti Raymi, el 24 de junio, que son consideradas las fiestas de celebración de la ciudad y es la fecha más importante del año para los cusqueños.

La confluencia práctica que implican estas "jornadas de junio" va a cerrar la división que se desarrollara en el movimiento popular cusqueño con motivo de las reformas velasquistas. Las rivalidades por supuesto persistirán, pero se darán en torno a la dirección de la lucha antidictatorial y no evitarán que partidos y organizaciones sociales intenten un enfrentamiento común al gobierno militar de Morales Bermúdez.

El paro nacional del 19 de julio de 1977 no tendrá, sin embargo, la dimensión que en otros lugares del país, si bien tanto el FDPA como la FDTC proceden a su convocatoria conjunta, levantando una plataforma similar a la del primero de mayo de ese año. Las fuerzas se habían "agotado" en las movilizaciones del mes anterior y tanto el acatamiento como las manifestaciones son menores. Sin embargo, es importante destacar la actitud de Patria Roja, cuya dirección regional resuelve, según señala Alex Bustatamante, considerar el paro como "movimiento electorero" y no hace nada para su efectivización. Parece ser que toman esta actitud influidos por el radicalismo extremista de una fracción interna conocida con el nombre de "Puka Llacta" ("Pueblo Rojo" en el idioma quechua), pero este abstencionismo era también la repetición de una actitud anterior, que veía en toda lucha anti-dictatorial una continuidad de las luchas que este grupo había liderado a principios de la década. Por eso ellos no podían imaginar una coalición más amplia ni un liderazgo distinto al de su propio partido. Este comportamiento era lógico si se toma en cuenta que para Patria Roja la diferencia entre las dos fases del gobierno militar era mínima y ambas merecían ser caracterizadas igualmente de dictadura.

La consecuencia inmediata de este Paro Nacional en el Cusco quizás sea lo más significativo. En uso de las atribuciones conferidas por un Decreto Supremo dado por el gobierno de Morales Bermúdez, diversas empresas públicas y privadas procedieron a despedir dirigentes sindicales, que supuestamente habían dirigido el paro. En total sumaron 21 dirigentes los despedidos. Ello motivó la formación de un "Comité de Derechos Humanos" a iniciativa del Colegio de Abogados para pedir la reposición de los despedidos. Este Comité y las movilizaciones a las que convocó fueron la fragua inmediata de la experiencia de Frente Popular más importante de la coyuntura: el Comité Coordinador de las Organizaciones Populares del Cusco (COCOP).

El COCOP nace el 17 de octubre de 1977, confluyendo en él gremios influidos por la mayoría de las tendencias políticas, principalmente izquierdistas. Se agrupan así la FDTC, el FUSIT, la FUC y el SUTEP. Era, de acuerdo a Elmer Abarca, que fuera su Presidente, una instancia de frente único "más gremial que popular" con clara tendencia radical. No admite la presencia explícita de los partidos, quizás, como Abarca

mismo señala "porque querían imponer un punto de vista propio aunque no fuera real" pero al mismo tiempo diga que "el movimiento no hubiera sido posible sin ellos". Los promotores más entusiastas de su formación fueron los sindicalistas independientes, entre quienes se encontraban los disidentes de la FDTC, ya nombrados, así como dirigentes de otros gremios como empleados bancarios o trabajadores de la Universidad. Este grupo mantenía una cierta equidistancia de la dirigencia de la FDTC muy temerosa de realizar medidas de fuerza, así como del radicalismo del SUTEP y la FUC influidos por el maoísmo ortodoxo. Podríamos decir que mantenían mejores relaciones con la Nueva Izquierda, aunque sus continuas divisiones, como remarca Elmer Abarca, tampoco los decidían por una alianza estable con esos grupos. Además, el carácter "independiente" de la mayoría de sus directivos era un atractivo para un medio como el cusqueño tan cargado de sectarismos partidarios y rencillas personales.

Carlos Paredes nos señala las dificultades de los partidos izquierdistas cusqueños en el período:

"La izquierda tenía dificultades para expresarse políticamente, para pasar del gremio al partido y del partido a la sociedad. Estábamos ilegalizados y perseguidos entonces, no teníamos expresión pública ni representación clara. El conducto regular de expresión era el gremio, por eso a través del gremio se hace el frente."

El rol de los partidos de izquierda en el COCOP representa por ello una ruptura con lo que había sido su actuación anterior en las organizaciones sociales. Sobre esto hemos mencionado la influencia de las diferentes tendencias políticas del Cusco urbano, como es el caso del comunismo en sus diferentes versiones, que las más de las veces devenía en control de la organización social. Pero algo similar sucede con la Nueva Izquierda, que en este aspecto no parece haber sido tan nueva. Demetrio Vargas, campesino quechua y militante del PCR en el período, hablando sobre el trabajo de los partidos entre el campesinado de la pampa de Anta señala:

"Muy sectariamente trabajábamos. Nosotros los del PCR por nuestro lado, con nuestras comunidades y los de Vanguardia (VR) con sus

comunidades, con sus dirigentes, por su lado. En algunas asambleas nos agarrábamos como gato y perro, muy mal. No había razón, no había motivo. Yo pienso que era más el problema de línea política que tenía cada partido. Eso lo llevábamos a discutir dentro de una comunidad, de una asamblea, donde nuestros compañeros campesinos no alcanzaban a entender. Entonces eso asustaba, dividía, espantaba a muchos dirigentes. Se apartaban nos miraban con desconfianza, tanto a los del PCR como a los de VR.”

Contra esta situación es que reaccionan los sindicalistas independientes, admitiendo nada más que la presencia indirecta de los partidos a través de militantes que fueran líderes sindicales o populares. Esto llevaba a los partidos a la necesidad de contrastar, a regañadientes en la mayoría de los casos, sus puntos de vista con los de otros sectores políticos y sociales, introduciendo un nuevo elemento en la dinámica del movimiento regional cusqueño.

En un mitin, el 4 de noviembre de 1977, el COCOP presenta un programa de 21 puntos, repetición, quizás algo más exhaustiva, de la plataforma presentada con motivo del primero de mayo del mismo año, donde se demandaban un conjunto de obras de infraestructura, agregando en esta oportunidad tópicos relativos a la necesidad de industrializar la región. Este nuevo frente tiene una primera prueba de confrontación el 17 de noviembre, con motivo de la inauguración de la Conferencia Anual de Ejecutivos (CADE) en la ciudad del Cusco. Ese día el COCOP decretó un paro de 24 horas, “de recibimiento” a las delegaciones asistentes. Elmer Abarca nos señala que en esa oportunidad un grupo de ministros de Estado, encabezados por el Ministro de Industrias General Ibañez O’Brien, pretende enfrentar la situación llamando a una reunión con el COCOP y jefes de diferentes reparticiones públicas, la cual termina en escándalo, al señalar el citado Ministro que los problemas del Cusco eran menores que los de algún pueblo joven de Lima y negarse a reconocer representatividad a esta nueva organización. Al no haber respuesta alguna de parte del gobierno el COCOP llama a un nuevo paro, esta vez de 48 horas, para los días 23 y 24 de noviembre. Finalmente, llega al Cusco a mediados de diciembre el Ministro del Interior, Luis Cisneros Vizquerra, quien discute en una maratónica sesión los puntos de su petitorio con los representantes del

COCOP, prometiendo solución para la mayoría de aspectos, pero concediendo de inmediato nada más que algunas pequeñas partidas presupuestales.

Las soluciones, sin embargo, tardan en llegar y el COCOP tiene una intensa actividad en el año 1978. Convoca a paros en enero, agosto, y diciembre, aparte de su participación en los paros nacionales de febrero, mayo y enero de 1979. Es decir, tal como señala María Isabel Remy (1984), el movimiento regional demuestra gran vitalidad en este período participando en diez paros, seis locales y cuatro nacionales entre junio de 1977 y enero de 1979. Aunque sería importante distinguir, como dice Abarca, que en los paros nacionales "cumple" y que los locales, en cambio, sí suelen realizarse a cabalidad.

A los partidos les es difícil adaptarse a la dinámica del movimiento regional y en particular a la del COCOP. Se trataba de un fenómeno fuera de programa: representantes gremiales y encima mayoritariamente independientes que pretenden asumir la representatividad regional. Tomemos en cuenta, tal como dice Julio Castro, que tanto para la Nueva Izquierda (VR y PCR) como para Patria Roja:

"El mito revolucionario era que la gran transformación social la íbamos a hacer con el abatimiento de la dictadura. No era que veíamos un horizonte mucho más lejano, revolucionario, sino que lo empatábamos con la lucha anti-dictatorial. Y es además esta visión la que se traduce en objetivos partidarios específicos."

Y para el PC, por otra parte, se trataba de resguardar las reformas de la época velasquista y lograr un pacto con los militares, no querían tener confrontaciones definitivas ni liderar grandes movimientos contra el gobierno. Los más radicales estaban entonces en una dinámica de organizar la guerra y el PC de administrar la crisis política y negociar con el poder. Ninguna de las dos perspectivas tenían en agenda el movimiento urbano regional. A Jaime Gálvez, responsable regional de su partido, el PCR, en esos años, en entrevista que nos concediera, le era difícil incluso recordarlo.

Julio Castro, sin embargo, señala que "las necesidades de conducción real nos alejan de la estrategia de guerra popular" y Carlos Paredes

concede que el COCOP fue una transacción entre partidos y gremios. A la Nueva Izquierda, en todo caso, le fue más fácil adaptarse, donde quizás el carsima de algunas personalidades, como Julio Castro, ayudaron en este proceso. Patria Roja, por otra parte, fue superando desconfianzas iniciales, cuando, según Néstor Guevara<sup>15</sup>, dirigente de la FARTAC, "no le daba base al COCOP" y poco a poco se fue integrando, quizás debido a su mayor peso específico en el movimiento urbano, con estudiantes y maestros, y a la gran huelga del SUTEP en 1978, que requirió la solidaridad del conjunto de la población.

La otra cara de la moneda esta constituida por el PC. El celo por cualquier organización que a su juicio pudiera competir con el liderazgo de la FDTC fue particularmente acentuado en la época del COCOP. Razones ideológicas también acudían en su ayuda. La hegemonía de la FDTC en el movimiento popular expresaría "la hegemonía de la clase obrera en la revolución" que seguramente veían más lejos que los radicales, pero que no dejaban de invocar un solo minuto en su provecho. Un antiguo militante como Ricardo Baylón afirma que el PC no entendió la lucha regional y desdeñó los diversos frentes que se formaron al efecto. Dice, incluso, que los directivos de la FDTC en aquel período fueron sancionados por el partido debido al grave perjuicio que les produjo su sectarismo. Francisco Mejía<sup>16</sup>, dirigente bancario, señala, por otra parte, una explicación más estructural de esta rivalidad. El COCOP, dice él, estaba formado mayoritariamente por gremios de empleados pertenecientes a la clase media, mientras que la insistencia de la FDTC en asumirse "obrera" la alejaba, por un prejuicio de desprecio social, del resto, que no querían verse dirigidos por obreros. Esta vacilación frente a la lucha regional urbana y en particular frente al COCOP, así como su ambigüedad frente al gobierno de Morales Bermúdez, que solo corrige muy lentamente, implicarán que la nueva ruptura que tiene el PC a nivel nacional, entre fines de 1977 y principios de 1978, tenga también importante reflejo en el Cusco. Varios dirigentes del COCOP militarán en esta disidencia e incluso el grupo llegará a dirigir lo que queda de la FARTAC luego del velasquismo.

15. Entrevistado por el antropólogo Elmer Abarca.

16. Entrevistado por el antropólogo Elmer Abarca.

La ausencia campesina, mayoría social en la región, va a ser otra, sino la característica más saltante del movimiento. No se trata de constatar la presencia de los dirigentes de determinadas organizaciones campesinas, como puede ser el caso de la FARTAC o de bases de la FDCC (que recién sería reorganizada en su III Congreso en marzo de 1978) sino de presencia real de campesinos en las movilizaciones de los frentes regionales, así como de consideración sustantiva del problema agrario en las plataformas respectivas. Los campesinos no aparecen en los frentes, tampoco en el COCOP y la consideración de sus problemas se tiene en cuenta pero a la cola de todas las reivindicaciones urbanas y luego de mucha presión de los partidos interesados, VR y PCR generalmente, que tienen importante trabajo en el campo. Como nos dice Carlos Paredes, "Celebrábamos que después de 18 puntos apareciera la problemática del campo, aunque fuera mal planteada. Era un triunfo que se considerara."

No es tampoco que no hubieran luchas en curso. Las tomas de tierras en Anta, a escasos 30 Km. de la ciudad del Cusco, suceden, en dos oleadas, en setiembre de 1977 y octubre de 1978, recuperando los campesinos más de sesenta mil hectáreas. Sin embargo, la importancia local y la repercusión nacional siguen a cargo de las demandas urbanas. Demetrio Vargas, dirigente campesino de Anta, nos dice que "los campesinos se mueren de miedo de ir al Cusco" porque es la ciudad que identifican con los patrones y la represión y que ellos estuvieron presentes en las actividades del COCOP con delegaciones de máximo 20 ó 30 personas. En todo caso cuando se movilizan masivamente, como es el caso del mitin, de aproximadamente siete mil asistentes, que desarrollan en el Cusco los campesinos de Anta, luego de la primera toma, lo hacen por sus propias reivindicaciones inmediatas. En este mismo sentido, Elmer Abarca recuerda que en plena lucha de Anta otro importante directivo del COCOP le pregunta un día "¿qué es eso de FEZOCAU?" inquiriendo por las siglas de la Federación Zonal de Campesinos de Anta-Urubamba, que era el gremio en lucha en esas provincias.

Pero a quienes afectaría de manera particular este desfase entre movimiento urbano y campesino sería a los partidos que venían desarrollando un importante trabajo en el campo, desde principios de los setentas, me refiero a Vanguardia Revolucionaria y al Partido Comunista Revolucionario. Estos grupos buscando consecuencia con un maoísmo

heterodoxo al que llegan desde la radicalidad estudiantil e intelectual, animaban las tomas de tierras por parte de los grupos campesinos no beneficiados o falsamente beneficiados por la reforma agraria. El movimiento generado en estos procesos de tomas de tierras debía servir para organizar la guerra campesina que llevaría a la revolución. Sin embargo, las dos experiencias más importantes con impacto en la región cusqueña: las tomas en Andahuaylas en 1974 y en Anta en 1977-78, no tuvieron los resultados esperados en este supuesto proceso de acumulación de fuerzas para desatar la guerra revolucionaria, fueron, más bien, como diría al entrevistarlo, Walter Angulo, dirigente de VR en el período, "el techo de la visión militarista" y de la visión heroica de la política que venía de la revolución cubana y la figura del "Che". Jaime Gálvez recuerda que en el caso de Anta, una vez tomada la tierra, lo que preocupaba a los campesinos era cómo hacerla producir, más que cómo formar una "base roja" y en esta dinámica tuvieron que entrar los partidos involucrados, a riesgo de quedarse fuera de carrera. Se desplazan de esta forma, según el mismo Gálvez, del espacio de la guerra al de la opinión pública, o en términos de medios de comunicación "de las pintas callejeras a la radio", lo que implica, según nos relata, que los líderes de la lucha clandestina sean desplazados de los puestos de responsabilidad partidaria, que pasan a ser ocupados por los que son líderes en la opinión pública. Este proceso es el que se empezaría a cumplir con la lucha urbana regional para desarrollarse años más tarde en la dinámica electoral y parlamentaria.

Pero esta lucha urbana anti-dictatorial tuvo su límite cuando la propia dictadura encuentra el suyo y cumple con permitir la instalación, en julio de 1978, de la Asamblea Constituyente que había convocado un año antes. No es coincidencia que Elmer Abarca señale que "el COCOP está en alza hasta agosto del '78". Hay, sin embargo, varios factores que contribuyen al decaimiento de esta forma de lucha liderada por el COCOP. Uno primero es la rivalidad con la FDTC. Por más que este sectarismo le costó a la Federación de Trabajadores el aislamiento de buena parte del movimiento regional, no cesó en su actitud, llegando a combatir públicamente contra el paro que convocó el COCOP en agosto de 1978 y denunciando un supuesto paralelismo de este último. Otro, es la necesidad de convocar a fuerzas que no fueran estrictamente gremiales de izquierda, como los comerciantes locales, el alcalde y el



arzobispo, para conseguir un mayor apoyo a sus demandas. Esto último dió lugar a la formación del Frente Unico de Desarrollo del Sur-Oriente (FUDESO), en octubre de 1978, iniciativa que no implicaba la desaparición del COCOP, pero que indudablemente lo dejaba de lado. Y, el factor definitivo es la nueva dinámica en que la convocatoria electoral y la perspectiva del régimen parlamentario ponen a la clase política regional, tanto partidos como personalidades, en muchos casos a pesar suyo. Empiezan a existir, así, otros canales de participación política y el interés colectivo deriva crecientemente hacia lo electoral. En un primer momento los sindicalistas independientes, como es el caso de Francisco Mejía, tienden a acusar a los partidos de ser los que cambian de dinámica, pero poco a poco, unos más que otros, aunque en el discurso plantearan lo contrario, van entrando al proceso electoral.

El caso del FUDESO es particularmente interesante como ejemplo del cambio en la forma de lucha política. Este organismo incorpora autoridades, empresarios, instituciones y organizaciones cívicas dándole mucho mayor fuerza al movimiento. Deja, sin embargo, el estilo radical y contestatario de su antecesor, lo que motivó arduas y enconadas polémicas entre los izquierdistas, partidarios y opositores del nuevo frente, porque, como dice Walter Angulo: "cuando te sientas junto a la burguesía te sientes incómodo". Entre los puntos que se incluyen en la plataforma heredada del COCOP destaca la demanda de creación del "boleto turístico", suerte de impuesto al turista no cusqueño por visitar los monumentos de la ciudad. Asimismo, señala por primera vez la necesidad de un gobierno regional, aunque como afirma Carlos Paredes "más como insolencia frente a Lima" que como punto programático serio. Algún tiempo más tarde el FUDESO logra alguna de las reivindicaciones planteadas, como la ampliación de la central hidroeléctrica de Machu Picchu, el hospital del Seguro Social y el "boleto turístico", lo que fue un logro significativo dada la dureza del gobierno de Morales Bermúdez. Sin embargo, el estilo reivindicativo, que venía de experiencias anteriores del movimiento regional, no cambia. Se mantiene la "suma" de reivindicaciones y los logros dependen, más, de las posibilidades del gobierno central o de la presión reivindicativa de algún sector de la población. Como señala Remy (1984), tanto las demandas como los logros demuestran que no hay proyecto regional en esa coyuntura.

Frente a este momento de relativo éxito, Francisco Mejía, en afirmación que comparten otros dirigentes de la época, señala que "los logros del FUDESO los preparó el COCOP", buscando relevar los esfuerzos de este último. Sin desmerecer esa importante labor organizativa y centralizadora es fundamental tomar en cuenta otros elementos. Primero, la mayor capacidad de concesión que tenía en 1979 el gobierno de Morales Bermúdez, por una temporal mejora de las exportaciones, a lo que se debe agregar dos factores políticos de primera magnitud, uno, a nivel regional, la ampliación del frente y la disminución de su filo antidictatorial, y otro nacional, el pleno funcionamiento en que ya se encontraba la Asamblea Constituyente.

El COCOP todavía intenta recuperar su rol de instancia "gremial-radical" y convoca a fines de 1978 a su primer congreso, de manera tal que pudiera darse organicidad. Sin embargo, las diversas fuerzas políticas, ya no solo el PC, pierden interés en este tipo de frente y observan con recelo la posibilidad de que se pudiera institucionalizar. Mejía desde su condición de independiente señala que "los partidos no podían usarlo como plataforma electoral" por lo que deciden boicotearlo. El hecho es que el COCOP va muriendo a lo largo de 1979, sin lograr, al margen ya del esfuerzo partidario, llevar adelante su primer congreso. No tiene mejor suerte, en términos de vigencia temporal el denominado FUDESO, ya que a pesar de sus éxitos, la precariedad política de la coalición en que se basaba lo lleva también a la extinción. Este último, sin embargo, presagia agrupamientos posteriores en la década del ochenta, que tuvieron una similar amplitud de participantes.

#### D. IDENTIDAD REGIONAL Y DEMOCRACIA

Lo que generalmente se entiende en los medios intelectuales y políticos del Cusco como "movimiento regional" tiene más precisamente que ver con el movimiento urbano regional. La escisión, como hemos visto a lo largo del texto, que se desarrolla entre ciudad y campo, tiene su reflejo en el conjunto del movimiento, Mejía nos señala "la ciudad tiene su plataforma y el campo la suya". Especialmente entre la dirigencia, militantes de partidos tan disímiles como Julio Castro, del PCR, Carlos Paredes, de VR, Ricardo Baylón, del PC, Gustavo Palomino, de Patria Roja y Vladimiro Valer, del SINAMOS, coinciden en los prejuicios anti-

indios de esta dirigencia urbana, de alguna manera, quizás, en sus propios prejuicios. Por ello, a pesar, del auge campesino, en diferentes períodos, este no se logra articular con el movimiento urbano. Las demandas también apuntan en el mismo sentido, se trata de obras de infraestructura que pueden tener proyección regional pero cuyo beneficiario inmediato es la urbe (hidroeléctrica, hospital, aeropuerto etc.). Tenemos entonces que el espacio de referencia principal de este movimiento regional es la ciudad del Cusco.

Además, el movimiento urbano-regional, se desarrolla en la confrontación, principalmente con el centralismo limeño. El espíritu de demanda radical y el método multitudinario atraviezan la experiencia cusqueña en 1958, 1971, 1973, 1977 y 1978, por más que el período se caracterice por la hegemonía PC, primero, por la división, cuando el velasquismo, o por la confluencia cuando el COCOP. El método de la confrontación tiene prestigio en el movimiento porque implica consecuencia, personal y de grupo, además que, efectivamente ayuda a la organización de las fuerzas, aunque, como vimos, no siempre sea el mejor expediente de éxito. La organización tiende siempre a ser gremial e institucional, donde nuevamente el COCOP es el mejor ejemplo y los partidos, por más que se reconozca su rol, "porque sirven para generalizar la experiencia", dice Angulo, no están libres de sospecha. Elmer Abarca insiste que estas experiencias de frente expresan la voluntad de los cusqueños por tomar ellos mismos las decisiones que les competen. Sin embargo, se trata siempre de un movimiento "anti", cuya capacidad de protesta es muy grande pero la de propuesta muy reducida.

En estas condiciones la salida electoral que proponía el gobierno de Morales Bermúdez a la crisis global del país era considerada con escepticismo por la dirigencia urbana cusqueña. Pero este escepticismo tenía sus matices. Estaba la posición abstencionista de Patria Roja que denunciaba el proceso electoral, porque como señala Alex Bustamante las elecciones eran "tabú" y participar en ellas "traición"; posición compartida, aunque sin la misma carga ideológica, por los sindicalistas independientes, que veían diluido su espacio de poder. Estaban también los grupos de la Nueva Izquierda a quienes su mayor cosmopolitismo quizás era lo que les permitía intuir posibilidades en las elecciones, aunque su decisión de participar era "vergonzante", porque lo hacían

por razones de propaganda más que por convicción democrática. Similar a esta última posición, aunque siempre haciendo gala de un mayor pragmatismo, se encontraba el PC, para quien frentes o elecciones eran buenas si reverdecían las condiciones de la "hegemonía obrera", tan venida a menos hasta en la ilusión ideológica desde hacía algún tiempo. En resumen, las elecciones eran un asunto "de la derecha" como dice Fanel Guevara<sup>17</sup>, dirigente estudiantil maoísta en la época, donde la izquierda, tal cual se había desarrollado "nada tenía que hacer", porque al fin y al cabo, "ellos" (los partidos tradicionales), como afirma Abarca, "funcionaban mejor en el juego demo-burgués".

La identidad de este movimiento urbano-regional se definía entonces por la capacidad de construir una representación gremial e institucional que formulara y eventualmente consiguiera demandas del Estado. Para el efecto se desarrollaba un espacio de frente, capaz de acoger la diversidad regional y efectivizar un mínimo de democracia en su interior, que pudiera controlar a los socios muy grandes de la coalición o a quienes eran conocidos por su autoritarismo, como los partidos. En una "dictablanda" oligárquica, como era la situación antes de 1968, esta experiencia era viable, en términos de confrontación, por el matiz autoritario de esos gobiernos. Lo mismo sucede, paradójicamente, con el velasquismo, a pesar de sus intenciones de reforma, pero alcanza su punto culminante frente a Morales Bermúdez, cuando se dan las mejores condiciones para la lucha anti-dictatorial. El movimiento, sin embargo, se sentía ajeno al Estado y a la utilidad que pudiera tener la participación en su régimen político. De allí su distancia como tal frente a las elecciones y su incapacidad para convertirse en alguna forma de representación ciudadana que cumpliera un rol electoral. Los dirigentes más radicales concluirían por ello que "las soluciones eran otras" y no pasaban tampoco por el COCOP, refiriéndose a la necesidad de la lucha armada que trajera un nuevo orden en todo el país.

17. Entrevistada por el antropólogo Elmer Abarca.

## Rasgos comunes de los movimientos sociales estudiados

1. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ESTUDIADOS se desarrollan en interacción con las políticas estatales de los dos gobiernos militares de la época: Velasco y Morales Bermúdez. Esto no significa que los movimientos sociales no existieran antes de estos gobiernos militares, o que el influjo viniera únicamente desde arriba, pero las políticas de reforma, primero, y de contrarreforma después, fueron las que, en lo fundamental, permitieron que se desarrollara la acción colectiva en esos años. Las políticas de reforma concedieron derechos económicos y sociales que permitieron la expansión de la organización y la demanda de reivindicaciones, tanto para defender los derechos alcanzados frente a terratenientes y empresarios como para defenderse de la intromisión del gobierno que buscaba cooptar los movimientos como base social o reprimirlos sino colaboraban. Las políticas de contrarreforma, al intentar recortar los derechos alcanzados y reprimir la organización, generaron una respuesta que llevó a una mayor movilización sectorial y regional y a los paros nacionales de 1977 y 1978.

Los movimientos se desarrollaron luchando por su autonomía, sindical y/o regional del Estado, lo que les permitió tener su propio programa reivindicativo, esta es una tendencia que se acentúa a partir de la crisis del velasquismo y el inicio de la contrarreforma. Sin embargo, los movimientos sociales no deseaban romper su relación con el aparato estatal, sino más bien mantenerla para ganar el espacio social y político que les permitiera obtener sus demandas. Aunque es preciso tomar en

cuenta que la insistencia para el mantenimiento de esta relación se da a partir de una nueva posición de fuerza dada por el desarrollo de la organización autónoma. Esta insistencia es más clara en los lugares donde el Estado era el adversario directo, ya fuera porque se trataba de empresas estatales, como en el caso de Chimbote, o porque era el principal promotor de las obras de desarrollo regional como en el caso del Cusco.

2. Estos movimientos sociales fueron promovidos por los partidos de izquierda, en particular, por los de la denominada Nueva Izquierda. Estos eran partidos en su mayoría ilegales en la época y conformados, salvo el PC, principalmente por jóvenes y especialmente estudiantes universitarios. Los partidos desarrollaron su acción política y obtuvieron representación actuando a través de las organizaciones sociales, en particular de los sindicatos. Aunque su influencia es decisiva en el conjunto del período, varía en cada uno de los casos. Mientras que en la Federación Metalúrgica los partidos eran literalmente lo que su control sobre determinados sindicatos podía significar, en Chimbote las lealtades sindicales podían, en algunos sectores, estar por encima de las partidarias y en Cusco, a diferencia de los dos anteriores, los partidos tuvieron que establecer alianzas con caudillos independientes para poder ejercer su influencia. Sin embargo, en todos los casos, es comunmente aceptado que el desarrollo de los movimientos hubiera sido imposible sin ellos. Los partidos trajeron la ideología y muchas veces las técnicas organizativas, lo que permitió a los movimientos avances significativos. La ideología: el marxismo-leninismo, se convirtió en la forma de pensamiento de la vanguardia sindical y popular y es particularmente importante para entender las posibilidades y límites de estos movimientos en los ámbitos sindical y político. Asimismo, los recursos humanos, en términos de organizadores gremiales y políticos y asesores profesionales, que proporcionaron los partidos, permitieron una mayor capacidad de movilización y un mejor planteamiento de sus demandas a las organizaciones sociales.

Resaltar la influencia partidaria no implica considerar que las organizaciones populares fueran exclusivo resultado de ella. Por el contrario, estas se convirtieron en los vehículos de la lucha contra los patrones y el Estado y ello les permitió construir un espacio social, una repre-

sentación de su segmento frente al conjunto y en este sentido, una vida propia. Es más, la identificación primaria de trabajadores, campesinos y/o pobladores era con la organización popular, no con el partido que la influenciara.

3. La política de los movimientos sociales se desarrollaba en los ámbitos regional y local y, con especial énfasis, a nivel de base. Su plataforma, por ello, contenía mayormente puntos reivindicativos para hacer frente a problemas inmediatos. Su proyección nacional era de rechazo más que de propuesta, de allí su posición anti-dictatorial. El método era la confrontación de masas, ellas debían enfrentar al adversario, pensado en términos de enemigo, para obtener sus demandas con legitimidad popular. Ello no excluía las negociaciones, pero estas debían ser llevadas adelante desde una actitud de confrontación. A diferencia del enfrentamiento, las negociaciones eran un asunto que concernía a la dirigencia y se convertía en un examen de sus habilidades.

Esta política de confrontación prestó así muy poca atención a la institucionalización de las organizaciones sociales y a sus posibilidades de establecer relaciones permanentes con el régimen político. Incluso a nivel de base estos movimientos sociales fracasaron tratando de crear organizaciones que trascendieran el período de movilización que nos ocupa. El Estado y sus instituciones aparecían, por ello, distantes para estos movimientos, sin un terreno común que compartir.

4. La expansión organizativa producida por los movimientos sociales significó una mayor oportunidad de participación en la vida sindical y popular para amplios sectores de la población, considerados anteriormente como fuerza de trabajo, activa o potencial, sin mayores derechos. Este desarrollo organizativo les dió posibilidades de opinar en la confección de una agenda de reivindicaciones y de movilizarse por su consecución. En este sentido, se abrió a nivel de base un espacio de intercambio democrático antes inexistente.

Sin embargo, la incursión de los partidos, que pugnaban por hacer de los gremios "correas de trasmisión" de sus puntos de vista, así como el rol de los líderes sindicales, que solían, más allá de que tuvieran o no una filiación partidaria, adoptar una conducta autoritaria de caudillos, limi-

tó seriamente el desarrollo de esta democracia de base. Por ello, el significado más importante de la palabra "democracia" para estos movimientos era de carácter instrumental. La consigna "Libertades democráticas" ocupaba así lugar privilegiado en su plataforma, ya que estas libertades permitirían tener derechos de organización, reunión y opinión. Pero la lucha por estos derechos no era pensada en términos electorales sino como una facilidad, para no ser molestados por las autoridades en su trabajo de base.

Como práctica en la vida de las organizaciones sociales democracia significaba presencia, una tumultuosa presencia de dirigentes y miembros de base en las actividades de la organización, fueran estas asambleas, marchas, mítines, huelgas, etc. La presencia de miembros de base se entendía como una forma de control sobre la dirigencia, supuestamente para evitar se manipularan sus intereses, por eso cuanto mayor era el número que acudía a las movilizaciones, más se pensaba que era la democracia existente.

Pero esta percepción de la participación no incluía el proceso de toma de decisiones. Las decisiones eran un asunto de la dirigencia, de los caudillos, generalmente con la guía o la intervención directa de los partidos políticos. Este procedimiento no era completamente explícito pero sí masivamente aceptado, en tanto la dirigencia fuera capaz de mantener contentos a la mayoría. Aquí la figura autoritaria del caudillo juega un rol crucial, similar a la de los señores de la tierra en la sociedad tradicional.

Esta percepción de la participación no tenía ninguna proyección como régimen político nacional, solo importaba su eficacia inmediata. Por lo tanto, la idea de democracia como régimen político era considerada un "truco", una cuestión que concernía a "otros", o más específicamente a la burguesía. Es decir, un procedimiento de arreglo al interior de las clases dominantes para gobernar el país. Esta percepción, además de estar animada por la idea leninista del asalto al poder, estaba también asociada con los regímenes denominados "democráticos" anteriores a 1968, cuando la oligarquía manejaba un juego político restringido. Ello explica por qué el llamado a elecciones constituyentes a fines de julio de 1977 no recibió mucho crédito de parte de la dirigencia popular, divi-



diendo criterios sobre las posibilidades de la participación electoral, algunos optaron por el simple rechazo, otros por una actitud pragmática, de participar "para ver qué pasa". Cuando las elecciones efectivamente ocurrieron se las tomó como una forma de deshacerse de los militares y conseguir algunas demandas inmediatas, a la vez que como una tribuna para predicar el futuro advenimiento de la revolución. El motivo preciso de la convocatoria: el diseño constitucional de un nuevo régimen político, no mereció mayor atención.

5. Sin embargo, estos movimientos desarrollaron importantes identidades locales y regionales. Se trata de procesos que ocurren en los nuevos espacios sociales que construía la acción colectiva. Estas identidades se basaban en las capacidades de movilización de los movimientos sociales, es decir en su capacidad para presentar una plataforma reivindicativa y organizar la lucha por ella. Los elementos que definen estas identidades son: una actitud de autonomía frente al Estado y la reivindicación de la dignidad de los sectores involucrados. A ello se agrega un sentido de consecuencia con las reivindicaciones planteadas, de honestidad en el manejo dirigencial y de respeto a la presencia democrática de las masas, junto con una marcada tendencia a la confrontación y la acción directa. En el caso de los trabajadores esta identidad se denominó "clasista", en referencia a una pertenencia de clase independiente en su conducta de las clases dominantes y el Estado. En el movimiento regional se trató también de un sentimiento de pertenencia, a un espacio geográfico en este caso, con particular acento en el liderazgo urbano. La denominación "clasista", sin embargo, se propagó por todo el país para calificar a cualquier movimiento con similares actitudes de compromiso independiente, sin importar si era o no un movimiento de trabajadores. El "clasismo" llegó a ser un símbolo de la autonomía de los movimientos sociales frente al Estado. Pero esta era una identidad segmentaria, muy poderosa a niveles locales, regionales y/o sectoriales, pero, tal como sucedía con las percepciones de democráticas que producían los movimientos, con una gran falta de proyección en una identidad mayor, verdaderamente nacional.

## Conclusiones generales

CUANDO INICIÉ ESTE TRABAJO DE INVESTIGACIÓN manejaba la hipótesis de que los movimientos sociales ocurridos en el período de transición a la democracia se habían constituido como actores autónomos a partir de su propia dinámica y habían sido el elemento social y político fundamental en la coyuntura. Sin embargo, luego del análisis del período de transición y de sus antecedentes inmediatos, así como de movimientos sociales específicos, creo que lo que se produce es una compleja interrelación entre sociedad y Estado, que no cierra la distancia ancestral entre ambos, ni integra la sociedad, particularmente lo nuevo de la sociedad: los movimientos sociales, en el sistema político. Lo que se produce, usando el término de Cardoso (1981:273), son "dos lógicas", una del poder y otra de los movimientos sociales, que no permiten otra forma de contacto que no sea la confrontación.

Lo particular en el caso peruano, a diferencia de otros ejemplos de transición en América Latina donde se han desarrollado movimientos sociales significativos en períodos de dictadura, es que aquí los movimientos sociales son, en buena medida, impulsados desde el Estado. Las políticas de reforma, primero, y de contrarreforma, después, dan una dimensión nunca antes vista a la movilización social empezada con la crisis del Estado Oligárquico. Ellas permiten, aunque por distintas razones, la constitución de nuevos actores sociales y el desarrollo de la autonomía de los movimientos. La iniciativa estatal tiene entonces un rol central en la movilización social en el período.

Sin embargo, es fundamental establecer el momento de viraje, en que se produce un "giro a la autonomía" en esta relación entre los movimientos sociales y el Estado. Este es el año de 1973, cuando empiezan a darse los primeros síntomas de la crisis económica y la ofensiva controlista del gobierno militar contra la organización popular, cuyos efectos, tal como lo muestran nuestros estudios de caso, se sienten en todo el país. En este año se produce la gran ofensiva del MLR en Chimbote y la quema de SINAMOS en el Cusco, así como el desarrollo del auge huelgístico en la FETIMP. Este viraje tiene un primer período, entre 1973 y 1975, cuando se resiste la ofensiva controlista del reformismo, y, uno segundo, entre 1975 y 1978, cuando se defienden los derechos alcanzados con las reformas contra el desmontaje de las mismas por el gobierno del General Morales Bermúdez, que desembocan en los dos paros nacionales de 1977 y 1978. Este "giro a la autonomía" establece las "dos lógicas" que señalábamos antes, aunque sin romper las relaciones entre movimientos sociales y Estado, ya que los primeros demandan y esperan obtener legalidad y reivindicaciones inmediatas por parte del segundo.

Ahora bien, este viraje hacia la autonomía es también un momento de auge en la producción de sociedad, en particular de las "organizaciones privadas" (Gramsci 1971:12) que desarrollan los movimientos sociales, formando una densidad organizacional que ha venido en llamarse sociedad civil. Las nuevas condiciones generadas por el reformismo al reconocer y promover masivamente organizaciones sociales, van a resultar en movilización independiente al chocar contra los límites de la reforma militar y frustrar sus expectativas de cambios mayores. Los sindicatos obreros y los frentes regionales se constituirán en las formas organizativas más importantes de esta sociedad civil, y, los partidos de la izquierda marxista-leninista en sus alentadores más importantes. Pero, a diferencia de lo ocurre, por ejemplo en Brasil, ella no abarca a organizaciones de las clases dominantes o a partidos de derecha. Se trata de una sociedad civil popular, porque es producto de movimientos sociales desarrollados por obreros, pobladores y clases medias empobrecidas que defienden organización y reivindicaciones conseguidas. Primero se defienden del control estatal, luego del intento de despojarlos de los derechos económicos y sociales conquistados, pero en ambos casos esta actitud defensiva marcará la naturaleza de su relación con el Estado.

Este carácter popular le dará especial fuerza a la sociedad civil, pero será también su limitación más significativa restándole pretensiones de universalidad. No podrá convertirse, por ejemplo, en sinónimo de "oposición", ya que la oposición de derecha a los militares tenía demandas, económicas y sociales, que la colocaban exactamente en las antípodas de esta sociedad civil popular. Además, los partidos tradicionales, como herederos del orden oligárquico, anterior a 1968, eran reacios a la organización del pueblo. Incluso el APRA, integrada al orden oligárquico a fines de los años cincuenta, había visto disminuidas sus fuerzas a nivel social y se unía al resto de la derecha para denunciar cualquier desarrollo a este nivel como "comunista".

Asimismo, el desarrollo de movimientos sociales con creciente autonomía reaviva antiguos reflejos en el Estado peruano y sus gobernantes militares que datan de su matriz colonial y oligárquica, ahondando la desconfianza de todo aquello que no sea producido desde arriba. La movilización social pasa así a convertirse, de acuerdo al discurso oficial, en el obstáculo para que las cosas no funcionen, para el buen desarrollo de las reformas primero y para el éxito de la apertura democrática, años más tarde. Se impone entonces una lógica del poder cuyo objetivo pasa a ser la integridad de las instituciones estatales, en particular de las Fuerzas Armadas.

En el viraje señalado juegan un rol muy importante los partidos de la izquierda marxista-leninista, que al influir decisivamente en la organización de los movimientos, logran asentar las lógicas diferenciadas. En el período velasquista el sentido de esta influencia no es tan nítido por el rol del Partido Comunista, que apoyaba las reformas, pero en el curso de la transición y debido al crecimiento de la izquierda radical, ella va a ser muy clara. Esta influencia marxista-leninista logra tener impacto en asentar la diferencia señalada por la existencia de dos condiciones anteriores. La primera es la falta de articulación entre sociedad y Estado en el Perú que lleva a la superposición de roles y a las mixturas ya consideradas entre actores sociales y políticos, y, la segunda, la tradición autoritaria del Estado, acentuada por tratarse de un gobierno militar que se sentía amenazado. Ambas condiciones permiten a las orientaciones radicales separar y confrontar. Sucede entonces lo que Stepan (1988:3-6) llama la negativa de la "sociedad civil" a participar en la "sociedad

política" y en especial en la apertura democrática. Para el discurso marxista-leninista se vivían tiempos revolucionarios y el desarrollo del movimiento social se interpretaba como prueba de la inminencia de una gran transformación, por lo que los planteamientos aperturistas del gobierno militar no podían ser sino un engaño. Esta influencia afirma la participación en el acción colectiva y el desarrollo de nuevos espacios sociales pero niega la proyección política de los movimientos y su intervención en la transición. En particular, no valora los derechos económicos y sociales conseguidos como elementos de ciudadanía, es decir de pertenencia a una sociedad global mayor, donde eventualmente se produjera una integración entre sociedad y Estado. Los derechos económicos y sociales no eran elementos de ciudadanía para los grupos marxistas-leninistas sino tan solo "mejores condiciones de lucha" para la transformación social, contribuyendo con esta visión al aislamiento de la sociedad civil.

Pero el supuesto revolucionario del discurso marxista-leninista chocaba también con la realidad de las organizaciones sociales porque el carácter de las luchas que estas desarrollaban era defensivo, particularmente en el período de contrarreforma que desemboca en la transición. Es decir, generalmente demandaban que el gobierno les devolviera algo que ya habían tenido, se tratara de empleos, valor adquisitivo de sus salarios, derechos sindicales, inversión estatal, etc. Es más, cuando el Estado se retiraba de alguna esfera productiva, exigían su vuelta, prefiriéndolo a la empresa privada. Su actitud era de confrontación, para lograr sus demandas, pero en última instancia, no de ruptura con el Estado, con quien, como señalamos, querían mantener lazos, a pesar de todas las dificultades. El discurso revolucionario podía ser entonces útil para el momento de la confrontación pero difícilmente podía convertir a estos movimientos sociales en base para un asalto al poder que buscara un nuevo orden.

De igual forma, el establecimiento de lógicas distintas no implica que Estado y movimientos sociales no se influyan mutuamente, en el curso que van tomando, aunque se tratará de una influencia sin canales de comunicación claramente establecidos. Como hemos explicado la crisis del reformismo tiene directamente que ver con el desarrollo de la movilización social y su incapacidad de mantenerla bajo control, lo que

lleva a la caída de Velasco. De igual forma la respuesta popular a la contrarreforma de Morales Bermúdez termina de decidir, aunque sin proponérselo explícitamente el retiro de los militares a sus cuarteles y la convocatoria a elecciones. En ambos casos, el primero que abre y el segundo que decide la transición democrática, la influencia de los movimientos sociales es muy importante, pero en términos de "golpes" enviados desde afuera hacia el Estado en sucesivas confrontaciones.

¿Se puede decir entonces que la sociedad civil popular que se desarrolla es excluida de la transición? El supuesto de la pregunta, que forma parte de mis proposiciones iniciales de investigación, es cierto, aunque lo que existe no es solo exclusión en un sentido, es decir, exclusión de esta sociedad civil por parte del Estado, en la que activamente estaban empeñados el gobierno militar y los partidos tradicionales, sino que también se produce un fenómeno de autoexclusión, de parte de los grupos de izquierda y las organizaciones sociales. La autoexclusión se entiende no necesariamente como una negativa a participar en el proceso electoral, al que de hecho concurren la mayoría de los partidos de izquierda por razones de agitación y propaganda, sino como la negativa a formar parte del nuevo pacto democrático que los militares intentaban llevar adelante con los partidos tradicionales, no solo por la indignación que les mereciera los esfuerzos excluyentes de los de arriba, sino por razones de principio. De igual manera, en los miembros de base de las organizaciones sociales tiende a desarrollarse lo que un organizador político en Chimbote nos señalaba como "una actitud ladina", es decir, ir y votar para ver qué pasa, pero sin mayor confianza en los resultados.

Esto no se contradice con la importante votación alcanzada por las agrupaciones de izquierda en las elecciones de 1978, ni con la mayor proporción de electores respecto a procesos electorales anteriores, permitida por la mayor amplitud de la legislación electoral, tampoco con el tipo de influencia que los movimientos sociales tuvieron en las decisiones de apertura política; todos ellos argumentos generalmente esgrimidos para resaltar la participación popular en la transición democrática. Tiene que ver, más bien, con la capacidad de representación de la sociedad civil en la comunidad política que se pretendía conformar. Esta capacidad de representación era sistemática y violentamente erosionada por el gobierno militar en el período de contrarreforma al

restringir los elementos económicos y sociales de ciudadanía dados por el reformismo, así como por la propia actitud de autoexclusión de la sociedad civil a la que hemos hecho referencia. En el primer caso se trata de la élite militar que buscaba un nuevo pacto político para garantizar la integridad de su propia institución y por añadidura la del conjunto del Estado, para lo cual debía conceder garantías que restablecieran plenamente los derechos de propiedad de la burguesía. Para estos objetivos, de integridad institucional y propiedad burguesa, los movimientos sociales eran una amenaza y los derechos aludidos un obstáculo, concluyendo la necesidad de subordinar a los primeros y restringir los segundos. En el segundo caso, los movimientos sociales tenían una orientación partidaria con un discurso revolucionario marxista-leninista que planteaba, la sustitución del Estado, por otro distinto, no la participación en sus proyectos de transición, ni menos en el pacto político que los sustentara. Más eficaces, sin embargo, resultaron estos partidos izquierdistas en desarrollar nuevos espacios sociales que en desafiar revolucionariamente al Estado, pero ello no les impidió despreciarlo.

Estos objetivos diferentes implicaron concepciones de democracia también distintas. En el ámbito de la sociedad civil se desarrollan formas de democracia directa que conviven, contradictoriamente, con el autoritarismo tanto de caudillos como de partidos políticos. La apertura de nuevos espacios, entre los cuales el sindicato es el ejemplo por excelencia, ofrecen posibilidades de participación antes inexistentes y crean "un mundo de libertad" desconocido para la mayoría de jóvenes que se acercan a los movimientos sociales. Sin embargo, esta participación se limita a la presencia de los miembros de base en las actividades de la organización y al intercambio, muchas veces también restringido, de opiniones en las asambleas, recortándose por otra parte, drásticamente, su contribución en la toma de decisiones, que se reserva a caudillos y, sobre todo, a las dirigencias partidarias. Caudillos y partidos promueven a la vez que limitan las formas democráticas, como una necesidad para legitimar su liderazgo y su discurso revolucionario, así como para asegurar su control de las esferas críticas del poder. Pero, a pesar de ser una democracia entendida como presencia en actividades y no como participación en la toma de decisiones, constituye un actor colectivo que logra un lugar como miembro de la sociedad global, es decir logra

reconocimiento de derechos y por lo tanto elementos fundamentales de ciudadanía. Esta naturaleza colectiva de los actores es la que les da fuerza para confeccionar su propia agenda y establecer demandas al Estado.

Los partidos tradicionales, por su parte, que se presentan como las "fuerzas democráticas" nutren su concepción del régimen anterior a 1968. Aunque el APRA, a diferencia de Acción Popular y el PPC, intente tomar distancias de su actuación durante los años de crisis oligárquica y servir de puente entre la derecha y los militares, sin lograr esbozar un proyecto democrático alternativo. En conjunto continúan con un discurso que reclama formas liberales de representación política, libertad individual y derechos de propiedad, es decir, una democracia como protección del ciudadano-propietario, que puede aceptar a otros ciudadanos no-propietarios siempre y cuando limiten sus derechos a la elección periódica de los gobernantes. Esta era la mejor forma para garantizar intereses y privilegios de grupo, que habían visto mellados por el reformismo. Como clase política conocían el funcionamiento de este sistema y sabían de su utilidad para fines privados. Su afán es por ello restaurador. Pero si antes de 1968 la exclusión había sido la regla en el manejo político, luego del velasquismo era una operación que se volvía muy difícil, de allí que debieran apoyar la contrarreforma y entrar en conversaciones con los militares. Así, a costa del retiro electoral de Acción Popular, deben pactar un calendario político, reglas electorales más amplias y aceptar la participación de los grupos de izquierda que desearan hacerlo, dentro del régimen democrático, pero fuera del pacto político que le da sustento.

Entre ambas concepciones de democracia, una levantada por actores colectivos que reclaman derechos económicos y sociales y otra por partidos tradicionales que buscan defender las propiedades de grupos minoritarios, los cuales entienden el reclamo de derechos como expropiación de sus bienes, no habían posibilidades de integración como pares en un mismo sistema político. Más, cuando el movimiento de unos era amenaza para los otros. Finalmente, continuando con la dinámica de separación entre Estado y sociedad, será el gobierno militar quien diseñe una salida y la negocie, no con el conjunto de la oposición, los partidos tradicionales y lo que se había conformado como sociedad civil popular,



sino tan solo con los primeros. Es una salida que se basa en la represión a la movilización social, la subordinación de la izquierda en la transición democrática y su exclusión del nuevo pacto político. Se formula como una democracia para individuos, que rechaza la presencia de los actores colectivos, pero debe aceptar un mayor número de electores y una ampliación sustantiva de la esfera política que incluya a la izquierda contestataria.

¿Qué queda en estas condiciones para la sociedad civil popular formada por los movimientos sociales? La identidad desarrollada con los nuevos espacios construidos, particularmente la distinción denominada "clasismo" en la esfera sindical. Esta identidad es símbolo de su autonomía, de su posibilidad de constituirse como actor y eventualmente de lograr atención para sus demandas. Sin embargo, es expresión también de su debilidad. Al ser una identidad con un componente gremial muy significativo tiene dificultades no solo para expresarse en la "sociedad política", tal como señalamos líneas arriba, sino incluso para ganar consenso sobre sus problemas en capas mayores, no organizadas, de la población. El clasismo de esta sociedad civil al no integrarse en un nuevo sistema político fruto de la transición tendrá una existencia precaria, al vaivén de las crisis posteriores, en los años ochenta, que erosionan el tejido social que le da sustento.

## Bibliografía

- ABUGATTÁS, LUIS A. "Populismo and After: The Peruvian Experience".  
En: *Authoritarians and Democrats. Regime Transition in Latin America*,  
editado por James A. Malloy y Mitchell A. Seligson. Pittsburgh:  
University of Pittsburgh Press, 1987.
- AGÜERO AGUIRRE, Manuel. *FETIMP 23 años de lucha*. Lima, 1980.
- AMES, Rolando y NIETO, Jorge. "Asediando al Leviatán". *Cuestión de Estado*, (Lima) Nº 1, Setiembre 1987, pp. 12-18.
- ARATO, Andrew y COHEN, Jean. "Civil Society and Social Theory". New School, 1988. Fotocopia de manuscrito.
- ATUSPARIA. *Historia del Movimiento Sindical Siderúrgico. 30 años de Sindicalismo en Siderperú*. Chimbote: Asociación Cultural Atusparia, 1989.
- BALBI, Carmen Rosa. *Identidad Clasista en el Sindicalismo*. Lima: DESCO, 1989.
- BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1968.
- *Elecciones y Centralismo en el Perú*. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 1980.

- BONFIGLIO, Giovanni. "Historia de la Federación Metalúrgica. FETIMP 1957-81". En: *La Federación Metalúrgica: historia y problemas hoy*, editado por Giovanni Bonfiglio y Jorge Parodi. Lima: CEDAL, 1983.
- BOURRICAUD, Francois. *Poder y Sociedad en el Perú*. Lima: IEP ediciones, 1989.
- BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto. *Apogeo y Crisis de la República Aristocrática*. 4ta. edición. Lima: Ediciones Rykchay Perú, 1987.
- CARBONETTO, Daniel. "La Opción por un Nuevo Modelo de Acumulación: sus límites". En: *El Perú de Velasco*, editado por Carlos Franco. Lima: CEDEP, 1986.
- CARDOSO, Fernando Henrique. "Régimen Político y Cambio Social. Algunas Reflexiones a Propósito del Caso Brasileño". En: *Estado y Política en América Latina*. México: Siglo XXI editores, 1981.
- "Associated-Dependent Development and Democratic Theory". En: *Democratizing Brazil. Problems of Transition and Consolidation*, editado por Alfred Stepan. New York and Oxford: Oxford University Press, 1989.
- CASANOVA, José. "Modernization and Democratization: Reflections on Spain's Transition to Democracy" *Social Research* 50, N° 4, Winter 1983, pp. 929-973.
- COHEN, Jean L. "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements". *Social Research* 52, N° 4, Winter 1985, pp. 663-716.
- COLLIER, David. "Overview of the Bureaucratic-Authoritarian Model". En: *The New Authoritarianism in Latin America*, edited by David Collier. Princeton: Princeton University Press, 1979.
- Consejo Nacional de Población. *Perú: Hechos y Cifras Demográficas*. Lima, 1984.

- COTLER, Julio. "La Mecánica de la Dominación Interna y el Cambio Social en la Sociedad Rural". En: *Perú Problema. Cinco Ensayos*. 3ra. edición. Lima: IEP ediciones, 1983.
- *Clases, Estado y Nación en el Perú*.  
Perú Problema N° 17. Lima: IEP ediciones, 1985.
- "Democracia e Integración Nacional en el Perú". En: *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana*. 1968-1980. Lima: IEP ediciones, 1985a.
- "Los Partidos Políticos y la Democracia en el Perú". En: *Democracia, Sociedad y Gobierno en el Perú*. Jorge Parodi y Luis Pásara editores. CEDYS. Lima, 1988.
- "Segmentación Social, Fragmentación Política y Cultura de la Violencia en el Perú". Conference Paper N° 41, presentado a la conferencia de investigación, Violence and Democracy in Colombia and Perú, llevada a cabo en la Universidad de Columbia, del 30 de noviembre al primero de diciembre de 1990.
- DAHL, Robert A. *A Preface to Democratic Theory*. Chicago and London: The University of Chicago Press, 1956.
- *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press, 1971.
- DANCOURT, Oscar. *Sobre las Políticas Macroeconómicas en el Perú, 1970-1984*. Documento de Trabajo N° 12. Lima: IEP ediciones, 1986.
- *Política Macroeconómica y Democracia*. En: *Economía para la Democracia*. Siete Conferencias. editado por Efraín González de Olarte. Lima: IEP ediciones, 1989.
- DI PALMA, Giuseppe. *To Craft Democracies. An Essay on Democratic Transitions*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1990.
- FRANCO, Carlos. "Los Significados de la Experiencia Velasquista: Forma Política y Contenido Social". En: *El Perú de Velasco*. Editado por Carlos Franco. Lima: CEDEP, 1986.
- GALÍN, Pedro; CARRIÓN, Julio y CASTILLO, Oscar. *Asalariados y Clases Populares en Lima*. Lima: IEP ediciones, 1986.

- GIDDENS, Anthony. "Class Division, Class Conflict and Citizenship Rights". En: *Profiles and Critiques in Social Theory*, editado por Anthony Giddens. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1982.
- GRAMSCI, Antonio. *Selections from Prison Notebooks*, editado por Quintin Hoare and Geoffrey Nowell Smith. London: Lawrence and Wishart, 1971.
- GUERRA, FRANCISCO. "Proceso de Cambio y Régimen Militar". En: *El Perú de Velasco*, editado por Carlos Franco. Lima: CEDEP, 1986.
- HARDING, Timothy y Petras, James. "Democratization and Class Struggle". *Latin American Perspectives*, 15, Nº 3, Summer 1988, pp. 3-17.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl. *El Antimperialismo y el APRA*. 3ra. edición. Lima: Editorial Amauta, 1970.
- HELD, David. *Political Theory and the Modern State*. Stanford: Stanford University Press, 1989.
- HOPKINS, Raúl. *Desarrollo Desigual y Crisis de la Agricultura Peruana 1944-1969*. Lima: IEP ediciones, 1981.
- HUNTINGTON, Samuel. *The Soldier and the State*. Cambridge: Belknap. Harvard, 1986.
- INDES. *Chimbote Hoy: Avances sobre la Problemática Barrial*. 1983.
- KRUIJT, Dirk. *La Revolución por Decreto*. Lima: Mosca Azul editores, 1989.
- LENIN, V.I. *El Estado y la Revolución*. Obras Completas Vol. 27. Montevideo: Editorial Cartago, 1970.
- LIPSET, Seymour Martin. *Political Man. The Social Bases of Politics*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1981.
- LÓPEZ, Sinesio. "El Estado Oligárquico: un ensayo de interpretación".

- Revista Mexicana de Sociología* 40, Nº 3, Julio-Setiembre 1978, pp. 991-1007.
- “La Otra Cara del Asedio”. *Cuestión de Estado* (Lima), Nº 1, Setiembre 1987, pp. 19-22.
- “Sociedad y Estado en el Perú actual: patrimonialismo, participación y representación” En: *El Dios mortal*. Lima: Instituto Democracia y Socialismo 1991.
- LOWENTHAL, Abraham. *El Experimento Peruano Reconsiderado*. En: *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*. Lima: IEP ediciones, 1985.
- LYNCH, Nicolás. *El Pensamiento Social sobre la Comunidad Indígena a principios del siglo XX*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1979.
- “La Polémica Indigenista y los Orígenes del Comunismo en el Cusco” *Crítica Andina* (Cusco) Nº 3, Junio 1979, pp.5-46.
- *El APRA y la Dictadura Militar: 1968-1978*. En: *El APRA un camino de esperanzas y frustraciones*. Lima: Ediciones El Gallo Rojo, 1980.
- *Los Jóvenes Rojos de San Marcos*. Lima: El Zorro de Abajo ediciones, 1990.
- MACÉWAN, Arthur. “Transitions from Authoritarian Rule”. *Latin American Perspectives* 15, Nº 3, Summer 1988, pp.115-130.
- MALETTA, Héctor y Alejandro Bardales. *Perú: las Provincias en Cifras 1876-1981. Vol.II, Fuerza Laboral y Empleo*. Serie Estadísticas Nº 2. Lima: AMIDEP, 1988.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. 18va edición. Lima: Editorial Amauta, 1970.
- MARSHALL, T.H. “Citizenship and Social Class”. En: *Class, Citizenship and Social Development*, editado por T.H. Marshall. Westport Conn.: Greenwood Press, 1976.
- MARX, Karl y Engels, Frederick. *Manifiesto del Partido Comunista*. En Vol. 1 de: *Obras Escogidas en dos tomos*, por Karl Marx y Frederick

- Engels. Moscú: Editorial Progreso, 1971.
- *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. En Vol. 1 de: *Obras Escogidas en dos tomos*, por Karl Marx y Frederick Engels. Moscú: Editorial Progreso, 1971.
- MC CLINTOCK, Cynthia and Abraham F. Lowenthal. *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana 1968-1980*. IEP ediciones. Lima, 1985.
- MERCADO JARRÍN, Edgardo. "La Política y la Estrategia Militar en la Guerra Contrasubversiva en América Latina". *Revista Militar del Perú* 64, Nº 701, pp. 4-41. 1967.
- MONGE, Carlos. *Informe Dinámica Demográfica. Investigación sobre el Desarrollo Regional*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1981.
- MONTOYA, Rodrigo. *Lucha por la tierra, Reforma Agraria y Capitalismo en el Perú del siglo XX*. Lima: Mosca Azul editores, 1989.
- MUÑOZ, Teresa. "Migraciones, barriadas y organización". En: *Chimbote: Balance de un Desarrollo Frustrado y Elementos de una Alternativa*. 1985.
- NIETO, Jorge. *Izquierda y Democracia en el Perú*. Lima: DESCO, 1983.
- "El Sindicalismo Obrero Industrial Peruano: en Busca del Espacio Perdido". En: *Movimientos Sociales y Democracia: la Fundación de un Nuevo Orden*, editado por Eduardo Ballón. Lima: DESCO, 1986.
- NORHT, Lisa. "Orientaciones Ideológicas de los Dirigentes Militares Peruanos". En: *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana. 1968-1975*. Lima: IEP ediciones, 1985.
- O'DONELL, Guillermo. "Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy". En: *The New Authoritarianism in Latin American*, editado por David Collier. Princeton: Princeton University Press, 1979.
- "Introduction to the Latin American Cases". En: *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America*, editado por Guillermo O'Donell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead. Baltimore and London:

- The John Hopkins University Press, 1986.
- "Theoretical and Historical Background to the Study of the Bureaucratic-Authoritarian State". Chap. 1 de *Bureaucratic Authoritarianism. Argentina, 1966-1973, in Comparative Perspective*. University of California Press, 1988.
- O'DONELL Guillermo and Philippe C. Schmitter. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about uncertain democracies*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1986.
- PANFICHI, Aldo. "La Crisis y las Multitudes: Lima, 5 de Febrero de 1975". En: *Debates en Sociología* (Lima) Nº 9, 1983, pp. 31-63.
- PARODI, Jorge. "Las debilidades organizativas del gremio metalúrgico: hablan los dirigentes." En: *La Federación Metalúrgica: historia y problemas hoy*. Lima: CEDAL, 1983.
- *Ser obrero es algo relativo*. Lima: IEP ediciones, 1986.
- PATEMAN, Carole. *Participation and Democratic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1970.
- PEASE, Henry. *El ocaso del poder oligárquico*. Lima: DESCO, 1977.
- *Los caminos del poder. Tres años en la escena política*. 2da. edición. Lima: DESCO, 1981.
- "Los Partidos de Izquierda en la Transición Democrática: el Caso Peruano". Ponencia presentada a la reunión del Taller sobre partidos políticos de CLACSO. Lima, 1988.
- Pease, Henry y Alfredo Filomeno. Perú 1975. *Cronología Política*. Lima: DESCO, 1977.
- Perú 1976. *Cronología Política*. Lima: DESCO, 1977a.
- Perú 1977. *Cronología Política*. Lima: DESCO, 1979.
- Perú 1978. *Cronología Política*. Lima: DESCO, 1980.
- POULANTZAS, Nicos. *Political Power and Social Classes*. London: New Left Books, 1973.
- PRZEWORSKI, Adam. "Some Problems in the Study of the Transition to



- Democracy". En: *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, edited by Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter and Laurence Whitehead. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1986.
- REMY, María Isabel. "Movimiento Regional Cusqueño (1977-1982)". En: *Promoción campesina, regionalización y movimientos sociales*, editado por M.I. Remy. Lima: Centro Bartolomé de las Casas, 1984.
- RÉNIQUE, José Luis. "Democracia y Movimiento Social en el Sur Andino". En: *Movimientos Sociales y Democracia. La Fundación de un Nuevo Orden*, editado por Eduardo Ballón. Lima: DESCO, 1986.
- *¡Kausachum Qosqo! La lucha del Cusco por la descentralización y el desarrollo regional*. Lima: CEPES, 1987.
- RODRÍGUEZ, Martha. *Interpretación de la historia político-sindical del proletariado siderúrgico (1957-1972)*. Lima: Taller de Estudios Urbano Industriales. Departamento de Ciencias Sociales. Pontificia Universidad Católica, 1980.
- RONCAGLIOLO, Rafael. *¿Quién Ganó?* Lima: DESCO, 1980.
- SCHUMPETER, Joseph A. *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper and brothers, 1942.
- SCHYDLOWSKY, Daniel and Juan Wicht. "Anatomía de un Fracaso Económico". En: *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana. 1968-1970*. Lima: IEP ediciones, 1985.
- SOTOMAYOR, José. *Cusco: 1958. Análisis Testimonial de un Movimiento Urbano*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1984.
- STALLINGS, Barbara. "El Capitalismo Internacional y el Gobierno Militar Peruano". En: *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana. 1968-1980*. Lima: IEP ediciones, 1985.
- STEPAN, Alfred. *The State and Society. Perú in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press, 1978.

- *Rethinking Military Politics. Brazil and the Southern Cone*. Princeton: Princeton University Press, 1988.
- SULMONT, Denis. *Historia del movimiento obrero peruano 1890-1977*. Lima: Tarea, 1977.
- *El Movimiento Obrero Peruano (1890-1980). Reseña Histórica*. Lima: Tarea, 1980.
- TELLO, María del Pilar. *¿Golpe o Revolución? Hablan los militares del 68*. 2 Vols. Lima: Ediciones SAGSA, 1983.
- THORP, Rosemary. "Evolución de la Economía Peruana". En: *El Gobierno Militar. Una Experiencia Peruana. 1968-1980*. Lima: IEP ediciones, 1985.
- TILLY, Charles. *From Mobilization to Revolution*. New York: Random House, 1978.
- TOURAINÉ, Alain. *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements*. New York: Cambridge University Press, 1981.
- *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina*. Santiago: PREALC, 1987.
- TOVAR, Teresa. *Otra historia prohibida. Velasquismo y movimiento popular*. Lima: DESCO, 1985.
- VALLADARES, Manuel. *Paro Nacional. 19 de julio de 1977*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Ciencias Sociales, 1987.
- VERDERA, Francisco. *La migración a Lima entre 1972 y 1981. Anotaciones desde una perspectiva económica*. Documento de Trabajo N° 14. Lima: IEP ediciones, 1986.
- WEBB, Richard y Graciela Fernández Baca. *Perú en números: 1990*. Lima: Cuánto S. A., 1990.
- WEFFORT, Francisco. "Why Democracy?". En: *Democratizing Brazil*.

*Problems of Transition and Consolidation*, editado por Alfred Stepan. New York and Oxford: Oxford University Press, 1989.

ZAVALETA, René. "Las Masas en Noviembre". En: *Bolivia Hoy*. México: Siglo XXI editores, 1983.

El texto de **La Transición  
Conservadora/movimiento social y  
democracia en el Perú, 1975-1978**  
se presenta en caracteres Palatino de  
10 p. con 2 p. de interlínea; las notas  
de pie de página en 8 p. con 1 p. de  
interlínea. La caja mide 26 x 38 picas.  
Se terminó de imprimir en el Taller  
de *Gráficos S.R.L.* Camino Real 1849  
Santiago de Surco.  
Teléfono: 481524